

Domingo XXXIII del Tiempo Ordinario (ciclo A)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN GREGORIO MAGNO Y SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO** – Catequesis 23 de abril de 2013 y Ángelus 2014
- **BENEDICTO XVI** – Ángelus 2008 y 2011
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO** – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Pere OLIVA i March** (Barcelona, España) (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

LOS ADMINISTRADORES PRODUCTIVOS

Prov 31, 10-13. 19-20. 30-31; 1 Tes 5, 1-6; Mt 25, 14-30

El final del libro de los Proverbios es un elogio de la esposa emprendedora, que sabe proveer de recursos a su familia, que acarrea prestigio a su marido y que no se contenta con quedarse encerrada entre cuatro paredes en su casa, sino que juzga con sabiduría, es solidaria y por eso, socorre al necesitado. No se piense que es una mujer codiciosa que sólo tiene ojos para la ganancia. Es emprendedora sin duda alguna, pero ofrece condiciones dignas a sus sirvientes (todos llevan trajes forrados para el invierno) y más que nada, es una mujer que respeta al Señor. Este poema alfabético es un elogio redondo de la mujer ideal. El Evangelio nos presenta un relato realista que retrata distintas actitudes ante el uso de los bienes. Dios entrega a cada persona distintos dones y habilidades, que cada uno va haciendo producir con mayor o menor destreza. Lo único reprobable es quedarse cruzado de brazos.

ANTÍFONA DE ENTRADA Jr 29, 11. 12. 14

Yo tengo designios de paz, no de aflicción, dice el Señor. Ustedes me invocarán y yo los escucharé y los libraré de la esclavitud donde quiera que se encuentren.

ORACIÓN COLECTA

Concédenos, Señor, Dios nuestro, alegrarnos siempre en tu servicio porque la profunda y verdadera alegría está en servirte siempre a ti, autor de todo bien. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Trabaja con sus hábiles manos.

Del libro de los Proverbios: 31, 10-13. 19-20. 30-31

Dichoso el hombre que encuentra una mujer hacendosa: muy superior a las perlas es su valor.

Su marido confía en ella y, con su ayuda, él se enriquecerá; todos los días de su vida le procurará bienes y no males.

Adquiere lana y lino y los trabaja con sus hábiles manos.

Sabe manejar la rueca y con sus dedos mueve el huso; abre sus manos al pobre y las tiende al desvalido.

Son engañosos los encantos y vana la hermosura; merece alabanza la mujer que teme al Señor.

Es digna de gozar del fruto de sus trabajos y de ser alabada por todos.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Del salmo 127, 1-2. 3. 4-5.

R/. Dichoso el que teme al Señor.

Dichoso el que teme al Señor y sigue sus caminos: comerá del fruto de su trabajo, será dichoso, le irá bien. **R/.**

Su mujer como vid fecunda, en medio de su casa; sus hijos, como renuevos de olivo, alrededor de su mesa. **R/.**

Ésta es la bendición del hombre que teme al Señor: “Que el Señor te bendiga desde Sión, que veas la prosperidad de Jerusalén, todos los días de tu vida”. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Que el día del Señor no los sorprenda como un ladrón.

De la primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 5,1-6

Hermanos: Por lo que se refiere al tiempo y a las circunstancias de la venida del Señor, no necesitan que les escribamos nada, puesto que ustedes saben perfectamente que el día del Señor llegará como un ladrón en la noche. Cuando la gente esté diciendo: “¡Qué paz y qué seguridad tenemos!”, de repente vendrá sobre ellos la catástrofe, como de repente le vienen a la mujer encinta los dolores del parto, y no podrán escapar.

Pero a ustedes, hermanos, ese día no los tomará por sorpresa, como un ladrón, porque ustedes no viven en tinieblas, sino que son hijos de la luz y del día, no de la noche y las tinieblas.

Por lo tanto, no vivamos dormidos, como los malos; antes bien, mantengámonos despiertos y vivamos sobriamente.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Jn 15, 4. 5

R/. Aleluya, aleluya.

Permanezcan en mí y yo en ustedes, dice el Señor; el que permanece en mí da fruto abundante. **R/.**

EVANGELIO

Porque has sido fiel en cosas de poco valor, entra a tomar parte en la alegría de tu señor.

+ Del santo Evangelio según san Mateo: 25, 14-30

En aquel tiempo, Jesús dijo a sus discípulos esta parábola: “El Reino de los cielos se parece también a un hombre que iba a salir de viaje a tierras lejanas; llamó a sus servidores de confianza y les encargó sus bienes. A uno le dio cinco millones; a otro, dos; y a un tercero, uno, según la capacidad de cada uno, y luego se fue.

El que recibió cinco millones fue enseguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió un millón hizo un hoyo en la tierra y allí escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo regresó aquel hombre y llamó a cuentas a sus servidores.

Se acercó el que había recibido cinco millones y le presentó otros cinco, diciendo: ‘Señor, cinco millones me dejaste; aquí tienes otros cinco, que con ellos he ganado’. Su señor le dijo: ‘Te felicito, siervo bueno y fiel. Puesto que has sido fiel en cosas de poco valor, te confiaré cosas de mucho valor. Entra a tomar parte en la alegría de tu señor’.

Se acercó luego el que había recibido dos millones y le dijo: ‘Señor, dos millones me dejaste; aquí tienes otros dos, que con ellos he ganado’. Su señor le dijo: ‘Te felicito, siervo bueno y fiel. Puesto que has sido fiel en cosas de poco valor, te confiaré cosas de mucho valor. Entra a tomar parte en la alegría de tu señor’.

Finalmente, se acercó el que había recibido un millón y le dijo: ‘Señor, yo sabía que eres un hombre duro, que quieres cosechar lo que no has plantado y recoger lo que no has sembrado. Por eso tuve miedo y fui a esconder tu millón bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo’.

El señor le respondió: ‘Siervo malo y perezoso. Sabías que cosecho lo que no he plantado y recojo lo que no he sembrado. ¿Por qué, entonces, no pusiste mi dinero en el banco para que, a mi regreso, lo recibiera yo con intereses? Quítenle el millón y dónselo al que tiene diez. Pues al que tiene se le dará y le sobraré; pero al que tiene poco, se le quitará aun eso poco que tiene. Y a este hombre inútil, échelo fuera, a las tinieblas. Allí será el llanto y la desesperación’ “.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Concédenos, Señor, que estas ofrendas que ponemos bajo tu mirada, nos obtengan la gracia de vivir entregados a tu servicio y nos alcancen, en recompensa, la felicidad eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Sal 72, 28

Mi felicidad consiste en estar cerca de Dios y en poner sólo en él mis esperanzas.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Al recibir, Señor, el don de estos sagrados misterios, te suplicamos humildemente que lo que tu Hijo nos mandó celebrar en memoria suya, nos aproveche para crecer en nuestra caridad fraterna. Por Jesucristo, nuestro Señor.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

Los mexicanos formamos un país con posibilidades de vivir de manera más justa y digna. Somos la décima cuarta economía del mundo, podemos organizarnos más inteligentemente para acrecentar nuestras fuentes de empleo, asegurando salarios mejores que acrecienten nuestro poder adquisitivo y generen una derrama de empleo y de productividad que, nos permita ser menos vulnerables a las amenazas o decisiones de los vecinos del norte. El perfil de la mujer hacendosa nos ratifica que la verdadera sabiduría bíblica no está reñida con la creación de riqueza ni con la mejor repartición de la misma. El relato mismo del Evangelio no solamente habla de talentos espirituales. El Señor Jesús sabía también de las buenas inversiones, por eso reprende al empleado negligente, que ni siquiera fue capaz de invertir sus recursos. Basta de quejarnos de lo que planean o hacen nuestros vecinos. Ciertamente tenemos muchos problemas jurídicos, sociales y económicos, pero afortunadamente, también podemos activarnos y hacernos más responsables de nuestro destino.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

La mujer fuerte (Pr 31,10-13.19-20.30-31)

1ª lectura

El libro de los Proverbios se cierra con este hermoso poema acróstico (la primera letra de cada uno de sus versos corresponde a las del alfabeto hebreo según su orden desde el principio hasta el final) acerca de las cualidades que adornan a la esposa ideal en el ámbito de una familia rural del antiguo Israel. Muy probablemente tiene valor simbólico. El prólogo del libro había presentado la Sabiduría personificada como una mujer que invita a todos al banquete preparado en su casa. Ahora, en esta mujer perfecta, que sabe hacer lo oportuno en todas las circunstancias concretas de la vida, queda reflejada de nuevo la Sabiduría que Dios ha dejado impresa en el orden de las cosas creadas.

En el canto aflora, por otro lado, la fuerza moral de la mujer. Comenta San Juan Pablo II que esta fuerza «se expresa en numerosas figuras femeninas del Antiguo Testamento, del tiempo de Cristo, y de las épocas posteriores hasta nuestros días. *La mujer es fuerte por la conciencia de esta entrega*, es fuerte por el hecho de que Dios “le confía el hombre”, siempre y en cualquier caso, incluso en las condiciones de discriminación social en las que pueda encontrarse. Esta conciencia y esta vocación fundamental hablan a la mujer de la dignidad que recibe de parte de Dios mismo, y todo ello la hace “fuerte” y la reafirma en su vocación. De este modo, la “mujer perfecta” (cfr Pr 31,10) se convierte en un apoyo insustituible y en una fuente de fuerza espiritual para los demás, que perciben la gran energía de su espíritu. A estas “mujeres perfectas” deben mucho sus familias y, a veces, también las Naciones» (*Mulieris dignitatem*, n. 30).

Estemos vigilantes (1 Ts 5,1-6)

2ª lectura

«El día del Señor» es una fórmula que aparece varias veces en la Sagrada Escritura referida a ese momento en el que Dios intervendrá de modo decisivo e inapelable. Según San Pablo y otros escritos del Nuevo Testamento es el día del Juicio Universal, cuando Cristo aparecerá en plenitud de gloria como Juez (cfr 1 Co 1,8; 2 Co 1,14). Pero el encuentro cara a cara con el Señor se produce ya

tras la muerte (cfr 2 Co 5,6; Flp 1,23). El cristiano, por tanto, debe vivir siempre vigilante, pues no sabe con certeza cuál será el último día de su vida.

Parábola de los talentos (Mt 25, 14-30)

Evangelio

El talento no era propiamente una moneda, sino una unidad contable, que equivalía aproximadamente a unos cincuenta kilos de plata.

En esta parábola el Señor nos enseña principalmente la necesidad de corresponder a la gracia de una manera esforzada, exigente y constante durante toda la vida. Hay que hacer rendir todos los dones de naturaleza y de gracia recibidos del Señor. Lo importante no es el número, sino la generosidad para hacerlos fructificar.

La vocación cristiana no se puede esconder, ni esterilizar, debe ser comunicativa, apostólica, entregada. *No pierdas tu eficacia, aniquila en cambio tu egoísmo. ¿Tú vida para ti? Tu vida para Dios, para el bien de todos los hombres, por amor al Señor. ¡Desentierra ese talento! Hazlo productivo* (San Josemaría, *Amigos de Dios*, n. 47).

A un fiel cristiano corriente no puede pasarle inadvertido el hecho de que Jesús haya querido explicar la doctrina de la correspondencia a la gracia sirviéndose como figura del trabajo profesional de los hombres. ¿No es esto recordarnos que la vocación cristiana se da en medio de las ocupaciones ordinarias de la vida? *Hay una única vida, hecha de carne y espíritu, y ésa es la que tiene que ser – en el alma y en el cuerpo– santa y llena de Dios: a ese Dios invisible, lo encontramos en las cosas más visibles y materiales. No hay otro camino, hijos míos: o sabemos encontrar en nuestra vida ordinaria al Señor, o no lo encontraremos nunca* (San Josemaría, *Conversaciones*, n. 114).

SAN GREGORIO MAGNO (www.iveargentina.org)

Los talentos

Hermanos carísimos, la lección del santo Evangelio nos aconseja reflexionar con cuidado, no vaya a, suceder que los que nos encontramos con que hemos recibido más talentos que los otros, vengamos a ser, por eso mismo, más severamente juzgados; porque creciendo los dones, crece también la cuenta que de los dones hay que rendir. Así es que tanto más humilde y más pronto debe uno estar para servir por razón del don, cuanto más obligado a dar buena cuenta se considera.

He aquí un hombre que, al emprender un largo camino, llama a sus criados y les distribuye talentos para negociar; y que después de mucho tiempo vuelve para pedir cuentas: a los que han obrado bien remunera conforme a la ganancia que han reportado, pero condena al siervo que se ha descuidado en obrar bien.

¿Quién es este hombre que marcha lejos sino nuestro Redentor, que se fue al cielo con la misma carne que había asumido? La tierra es el lugar propio de la carne, la cual; cuando nuestro Redentor la coloca en el cielo, es como llevada a un país extraño.

Y este hombre que marcha lejos ha entregado sus bienes a su siervo, pues ha concedido a sus fieles los dones espirituales. Y a uno ha encomendado cinco talentos, a otro dos y a otro uno solo. Pues bien, como los sentidos corporales son cinco, a saber: vista, oído, gusto, olfato y tacto, en los cinco talentos se significa el don de los cinco sentidos, es decir, la ciencia de las cosas exteriores; en los dos talentos se significan el entendimiento y la obra, y con el nombre de un talento se significa el solo

entendimiento.

Ahora bien, el que había recibido cinco talentos lucró otros cinco; pues hay algunos que, aunque no alcanzan a comprender las cosas interiores y místicas, sin embargo, por su aspiración a la patria celestial enseñan a cuantos pueden las cosas buenas; de esos dones externos que recibieron reportan doble talento y, guardándose de la petulancia de la carne, de la ambición de cosas terrenas y del deleite de las cosas visibles, retraen también de estas cosas a otros con su consejo. Hay otros que, dotados como de dos talentos, reciben el entender y el obrar, entienden lo sutil de las cosas interiores y ejecutan exteriormente obras admirables; y cuando, entendiendo y obrando, predicán a otros, es como que reportan de su trabajo ganancia duplicada.

Y se dice bien que unas ganancias vinieron a ser de cinco y otras de dos, porque predicándose a los dos sexos es como que se doblan los talentos recibidos.

Más aquel que había recibido un solo talento, marchándose, cavó la tierra y escondió el dinero de su amo. Esconder el talento en la tierra es emplear en asuntos terrenos el ingenio recibido, no buscar ganancia espiritual, no levantar jamás de los pensamientos terrenos el corazón. Pues hay algunos que han recibido el don de la inteligencia, pero sólo gustan de ocuparse en las cosas que se refieren a la carne. De los cuales se dice por el profeta (Ter. 4,22): Para hacer el mal son sabios, más el bien no saben hacerlo.

Ahora bien, el Señor, que distribuyó los talentos, vuelve para pedir cuentas, esto es: quien ahora concede piadoso sus dones espirituales, en el juicio examina más severamente los méritos, considera qué es lo que cada uno ha recibido y pondera qué ganancia reporta de lo que ha recibido. El criado que devuelve duplicados los talentos es alabado por el Señor e introducido a la eterna recompensa, puesto que con palabra del Señor se dice: Muy bien, siervo bueno y leal, ya que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré mucho: ven a tomar parte en el gozo de tu Señor; porque, en comparación de la retribución eterna, todas las cosas de la vida presente, aunque parezcan mucho, son poca cosa. Y al siervo fiel se le confía mucho cuando, vencidos todos los obstáculos de la corrupción, es glorificado con los gozos eternos en la mansión celestial: entonces es introducido a participar plenamente del gozo de su Señor cuando, llevado a la patria eterna y agregado a la compañía de los ángeles, de tal modo goza interiormente de este favor, que ya no hay cosa alguna de la corrupción que exteriormente le aflija.

Pero el siervo que no quiso agenciar con el talento, se vuelve al señor con palabras de excusa, diciendo: Señor, yo sé que eres hombre de recia condición, que siegas donde no has sembrado y recoges donde no has esparcido. Y así, temeroso, me fui y escondí tu talento en la tierra; aquí tienes lo que es tuyo.

Es de notar que el siervo inútil llama duro al señor, al cual se disculpa, sin embargo, de no haberle servido con la ganancia, y dice que había temido dedicar al lucro el talento, cuando sólo debía haber temido devolvérsele sin ganancia al señor. Pues hay muchos dentro de la santa Iglesia de los cuales es figura este siervo, los cuales temen emprender el camino de una vida mejor y, en cambio, no se asustan de yacer en la ociosidad, y que, considerándose pecadores, temen escalar las vías de la santidad, pero no tienen miedo de permanecer en sus iniquidades.

Buena figura de los cuales es Pedro cuando todavía estaba en su flaqueza, cuando, al ver el milagro de los peces, dijo (Lc 5,8): Apártate de mí, Señor, que soy un hombre pecador. Precisamente porque te consideras pecador, conviene que no apartes de ti al Señor, Pues los que no quieren mejorar sus costumbres ni acogerse al refugio de una vida más recta, por lo mismo que se ven flacos, se confiesan pecadores, rechazan al Señor y huyen de aquel en quien debían santificarse; y al modo de los

que, perturbados, carecen de juicio, cuando están muriéndose tienen miedo a la vida. Por eso es por lo que a este siervo se le replica en seguida: ¡Oh siervo malo y perezoso!, tú sabías que yo siego donde no siembro y recojo donde nada he esparcido; pues por eso mismo debías haber dado a los banqueros mi dinero, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con sus intereses. El siervo perezoso queda convicto por sus propias palabras cuando el señor dijo: Siego donde no siembro y recojo donde nada he esparcido; como si claramente dijera: Si, según tú afirmas, yo reclamo lo que no di, ¿cuánto más exigiré de ti que me devuelves lo que te he dado? Por eso mismo debías haber dado mi dinero a los banqueros, para que yo a la vuelta recobrase mi caudal con sus intereses.

Ahora bien, dar el dinero a los banqueros es entregar la ciencia de la predicación a los que con sus palabras y con sus obras pueden ponerla en práctica. Pues así como veis lo que nosotros arriesgamos si retenemos el caudal del Señor, así vosotros, hermanos carísimos, considerad solícitos el vuestro; porque de vosotros se exige con usura el fruto de lo que oís, puesto que hasta el caudal que no se ha dado se exige con usura; pues cuando se devuelve tan sólo lo que se había recibido, también se exige además lo que no se ha recibido.

Pensad, por tanto, hermanos carísimos, que debéis pagar con usura este caudal de la palabra que recibís, y procurad entender de esto que oís otras cosas que no oís, de manera que, deduciendo unas cosas de otras, aprendáis además por vosotros mismos lo que todavía no habéis aprendido de labios del predicador.

Pero oigamos con qué sentencia se castiga al siervo perezoso: Quitadle aquel talento y dádsele al que tiene diez talentos. Parecía muy en su punto que, al quitar al siervo malo un talento, se diera al que había recibido dos, más bien que al que había recibido cinco, porque al que tuvo menos se debió dar más que al que tuvo más. Pero es que, según dijimos antes, por los cinco talentos se significan los cinco sentidos, es decir, la ciencia de las cosas exteriores, y por los dos se significan el entendimiento y la operación; por consiguiente, el que tuvo dos había recibido más que el que tuvo cinco, porque el que por los cinco talentos mereció la administración de las cosas exteriores, todavía se quedó sin la inteligencia de las interiores; por consiguiente, el un talento, que significa, como hemos dicho, el entendimiento, debió darse a aquel que administró bien los dones exteriores que había recibido. Cosa que a diario estamos viendo en la santa Iglesia; porque muchos, por administrar bien los dones exteriores que reciben, son llevados también a la inteligencia mística, para que, ya que emplean bien los dones exteriores, puedan gozar de la inteligencia interna. Además, en seguida se añade esta sentencia general: Porque a quien tiene, dársele ha, y estará abundante; mas a quien no tiene, se le quitará aun aquello que parece tener. Es decir, que se dará al que tiene, y abundará, porque el que tiene caridad también participa de los demás dones; más el que no tiene caridad pierde también los dones que parecía haber recibido. Por tanto, hermanos míos, es necesario que en todas vuestras obras cuidéis de guardar la caridad; ahora bien, la caridad verdadera consiste en amar al amigo en Dios y al enemigo por Dios. Y quien no tiene esta caridad pierde todo el bien que posee, queda privado del talento que había recibido y, conforme a la sentencia del Señor, es arrojado a las tinieblas exteriores, porque, como castigo, cae en las tinieblas exteriores el que por su culpa cayó en las tinieblas interiores; y allí, forzado, sufre las tinieblas vengadoras quien aquí llevó gustoso las tinieblas del placer.

Mas es de saber que no hay ocioso alguno que esté seguro de no haber recibido algún talento, porque ninguno hay que diga con verdad: Yo no he recibido ningún talento, no hay por qué esté obligado a rendir cuentas; pues con el nombre de talento se debe entender lo que cualquier pobre ha recibido, por mínimo que ello sea. Uno, pues, ha recibido la inteligencia de la predicación, y éste debe el ministerio como talento; otro ha recibido bienes terrenos y debe distribuir o administrar el talento de tales cosas; aquél no ha recibido la inteligencia de las cosas interiores ni abundancia de bienes, pero ha

aprendido un arte, con el cual se sustenta, y ese arte se considera como el talento que ha recibido; este otro nada de estas cosas ha logrado, pero tal vez ha merecido la amistad cerca de algún rico; ha recibido, pues, el talento de la amistad; por tanto, si no le habla en favor de los menesterosos, se le condena por retención del talento: Así es que quien tenga entendimiento, cuide de no estar siempre callado; quien tenga bienes abundantes vigile para no descuidarse en ejercitar la misericordia; quien posea un arte por el cual se sustenta, procure con gran diligencia que el prójimo participe de su uso y utilidad; quien tiene ocasión de hablar al rico, tema ser castigado por retención del talento, si, pudiendo, no intercede cerca de él en favor de los pobres; porque el Juez que ha de venir exige de cada uno de nosotros el talento, o sea, cuanto ha dado.

Por consiguiente, para que, cuando vuelva el Señor, se halle uno seguro de la cuenta de su talento, piense cada día con temor en lo que ha recibido. Mirad que ya está cerca la vuelta del que se fue lejos; porque, aunque parece haberse alejado mucho quien se marchó lejos de esta tierra en que nació, pero vuelve en seguida a pedir la cuenta de los talentos; y si nos emperezáramos en obrar bien, nos juzgará más rigurosamente sobre los dones que nos concedió.

Consideremos, pues, qué es lo que hemos recibido y estemos alerta para emplearlo bien. No haya algún cuidado terreno que nos impida la vida espiritual, no vaya a suceder que, si se esconde en la tierra el talento, se provoque a ira al Señor del talento.

El siervo perezoso, cuando ya pide cuentas de las culpas el juez, desentierra el talento; hay, pues, muchos que se retraen de los deseos y obras terrenas cuando, por aviso del juez, son ya entregados al suplicio eterno. Vigilemos, por tanto, antes de que se nos pida cuenta de nuestro talento, para que, cuando ya el Juez amenace con el castigo, nos libre de él la ganancia que hemos reportado. Lo cual haga por nosotros Dios, que vive, etc.

(Homilías sobre el Evangelio, Libro I, Homilía IX, 1-7, BAC Madrid 1958, p. 566-70)

SAN JUAN CRISÓSTOMO

Trabajar para nuestra salvación

Así, pues, la parábola de las vírgenes fatuas se aplica a la limosna que se da en dinero; la que sigue –de los talentos– se dirige a quienes no quieren aprovechar al prójimo ni con su dinero, ni con su palabra, ni con el gobierno, ni de ninguna otra manera, sino que lo esconden todo. –Mas ¿por qué esta parábola introduce a un rey, y la otra a un esposo? –Para que entendamos cuán familiarmente se comporta Cristo con las vírgenes que se desprenden de lo que tienen. Porque en eso está la verdadera virginidad. De ahí que Pablo ponga eso por definición de la propia virginidad: *La mujer no casada, lo mismo que la doncella, se preocupa de las cosas del Señor, de ser santa en el cuerpo y en el espíritu*¹. A esto os exhortamos –dice–.

Por lo demás, si la parábola de los talentos adopta otra forma en Lucas², hay que decir que una es ésta y otra aquélla. En efecto, en aquélla un mismo capital produce diferentes réditos, pues de una sola mina, uno granjeó diez y otro cinco. De ahí que tampoco los premios fueran los mismos. No así en la de los talentos, en que la corona es la misma. Aquí, el que recibió dos, logró otros dos, y el que cinco, otros cinco. Allí, con el mismo caudal, uno logró más, otro menos ganancias.

¹ 1 Co 7, 34-35.

² Lc 19, 11 ss.

Lógicamente, pues, tenían que ser distintas las recompensas. Más notad cómo nunca reclama el Señor inmediatamente. Así, en la parábola de la viña, la arrendó a los labradores y se fue de viaje; y aquí, les entregó el dinero a sus criados y se marchó también de viaje. Buena prueba de su inmensa longanimidad.

Y, a mi parecer, en esta parábola de los talentos se refiere el Señor a su resurrección. Aquí ya no hay labradores y viña, sino que son todos trabajadores. Porque no habla ya sólo con los gobernantes y dirigentes, ni con solos los judíos, sino con todos los hombres sin excepción. Y los que le presentan sus ganancias confiesan agradecidamente lo que es obra suya y lo que es don del Señor. El uno dice: *Señor, cinco talentos me diste*. Y el otro: *Dos talentos me diste*. Con lo que reconocen que de Él recibieron la base para el negocio, y se lo agradecen sinceramente y, en definitiva, todo se lo atribuyen a él.

¿Qué responde a ello el Señor? *Enhorabuena, siervo bueno y fiel* (la bondad está en mirar por el prójimo); *puesto que has sido fiel en lo poco, yo te constituiré sobre lo mucho. Entra en el gozo de tu Señor*. Palabra con que el Señor da a entender la bienaventuranza toda. No habla así el siervo perezoso. Pues ¿qué dice? *Yo sabía que eres hombre duro, que siegas donde no sembraste y recoges donde no esparciste, y, por miedo a ti, escondí tu talento. Aquí tienes lo que es tuyo*. ¿Qué le contesta el Señor? *Siervo malo, tenías que haber puesto mi dinero en el banco, es decir, tenías que haber hablado, exhortado, aconsejado*. –Es que no me hacen caso. –Eso no te toca a ti. ¿Puede darse mansedumbre más grande?

Realmente, no lo hacen así los hombres. Entre los hombres, el mismo que toma el préstamo es responsable del interés. No así Dios. Tú tenías –dice– que depositar el dinero y dejar a mi cargo la reclamación: *Y yo lo hubiera reclamado con interés*. Interés llama aquí a las obras, fruto de la predicación.

Tú tenías que haber hecho lo más fácil y dejar para mí lo más difícil. Más como no lo hizo: *Quitadle –dice– el talento y dádselo al que tiene diez. Porque a todo el que tiene, se le dará y abundará; mas, al que no tiene, aun lo que tiene, se le quitará*. ¿Qué quiere decir esto? El que ha recibido gracia de palabra y de doctrina y no hace uso de ella, perderá esa gracia; más el que la emplea fervorosamente, se ganará mayor dádiva, como el otro pierde lo que recibiera. Más no es ése el único daño del mal trabajador. Luego viene el castigo insoportable y, con el castigo, la sentencia, llena de mucha acusación. Porque, al siervo inútil: *Arrojadle –dice– a las tinieblas exteriores. Allí será el llanto y el crujiir de dientes*. Ya veis cómo no sólo el que roba y defrauda, ni sólo el que obra mal, sino también el que no hace el bien, es castigado con el último suplicio. Escuchemos, pues, esas palabras. Mientras es tiempo, trabajemos por nuestra salvación, tomemos aceite para nuestras lámparas, negociemos con nuestro talento. Porque si somos perezosos y nos pasamos la vida sin hacer nada, nadie nos tendrá allí ya compasión, por mucho que lloremos. También el que entró en el banquete de bodas con ropa sucia se condenó a sí mismo; pero de nada le aprovechó. El que recibió un solo talento, devolvió la cantidad que se le había entregado, y aun así fue condenado. Suplicaron las vírgenes, se acercaron y llamaron a la puerta, pero fue todo en balde.

Sabiendo como sabemos todo esto, pongamos a contribución, para aprovechamiento de nuestro prójimo, dinero, fervor, dirección, todo, en fin, cuanto tenemos. Porque talento vale aquí tanto como la facultad misma que cada uno tiene, ora en gobierno, riqueza, doctrina, o cualquier otra cosa semejante. Que nadie, pues, diga: “Yo no tengo más que un talento y no puedo hacer nada”. No. Con un solo talento puedes también ser glorioso. Porque no serás más pobre que la viuda de las dos moneditas, ni más rudo que Pedro y Juan, que eran ignorantes y no conocían las letras. Y, sin

embargo, por haber dado muestras de su fervor y por haberlo hecho todo en interés común, alcanzaron el cielo.

Porque nada es tan grato a Dios como que vivamos en interés de todos. Si Él nos dio palabra, y manos, y pies, y fuerza corporal, y razón, y prudencia, es porque quiere que de todo nos valgamos para nuestra propia salvación y para el aprovechamiento de nuestro prójimo. Así, la palabra no sólo nos sirve para entonarle a Él himnos y acciones de gracias, sino también para enseñar y exhortar a nuestros hermanos. Y si para esto la empleamos, imitamos al Señor; si para lo contrario, al diablo. Así Pedro, cuando confesó a Cristo, fue proclamado bienaventurado, como quien había hablado lo que el Padre le inspirara; más cuando rechazó la cruz y se opuso a que el Señor la sufriera, fue fuertemente reprendido, como quien tenía los sentimientos del diablo. Ahora bien, si hablar así por ignorancia fue tan grande culpa, ¿qué perdón tendremos cuando tantas veces pecamos voluntariamente?

(Homilía 78, 2-3, BAC Madrid 1956 (II), p. 556-59)

FRANCISCO – Catequesis del 24 de abril de 2013 y Ángelus 2014

Catequesis 24.IV.13

Vendrá de nuevo en la gloria para juzgar a vivos y muertos

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

En el *Credo* profesamos que Jesús «de nuevo vendrá en la gloria para juzgar a vivos y muertos». La historia humana comienza con la creación del hombre y la mujer a imagen y semejanza de Dios y concluye con el juicio final de Cristo. A menudo se olvidan estos dos polos de la historia, y sobre todo la fe en el retorno de Cristo y en el juicio final a veces no es tan clara y firme en el corazón de los cristianos. Jesús, durante la vida pública, se detuvo frecuentemente en la realidad de su última venida. Hoy desearía reflexionar sobre tres textos evangélicos que nos ayudan a entrar en este misterio: **el de las diez vírgenes, el de los talentos y el del juicio final**. Los tres forman parte del discurso de Jesús sobre el final de los tiempos, en el Evangelio de san Mateo.

Ante todo, recordemos que, con la Ascensión, el Hijo de Dios llevó junto al Padre nuestra humanidad que Él asumió y quiere atraer a todos hacia sí, llamar a todo el mundo para que sea acogido entre los brazos abiertos de Dios, para que, al final de la historia, toda la realidad sea entregada al Padre. Pero existe este «tiempo inmediato» entre la primera venida de Cristo y la última, que es precisamente el tiempo que estamos viviendo.

(...) La parábola de los talentos nos hace reflexionar sobre la relación entre cómo empleamos los dones recibidos de Dios y su retorno, cuando nos preguntará cómo los hemos utilizado (cf. *Mt* 25, 14-30). Conocemos bien la parábola: antes de su partida, el señor entrega a cada uno de sus siervos algunos talentos para que se empleen bien durante su ausencia. Al primero le da cinco, al segundo dos y al tercero uno. En el período de ausencia, los primeros dos siervos multiplican sus talentos —son monedas antiguas—, mientras que el tercero prefiere enterrar el suyo y devolverlo intacto al señor. A su regreso, el señor juzga su obra: alaba a los dos primeros, y el tercero es expulsado a las tinieblas, porque escondió por temor el talento, encerrándose en sí mismo. Un cristiano que se cierra en sí mismo, que oculta todo lo que el Señor le ha dado, es un cristiano... ¡no es cristiano! ¡Es un cristiano que no agradece a Dios todo lo que le ha dado! Esto nos dice que la espera del retorno del Señor es el tiempo de la acción —nosotros estamos en el tiempo de la acción—, el tiempo de hacer rendir los dones de Dios no para nosotros mismos, sino para Él, para la Iglesia, para los demás; el

tiempo en el cual buscar siempre hacer que crezca el bien en el mundo. Y en particular hoy, en este período de crisis, es importante no cerrarse en uno mismo, enterrando el propio talento, las propias riquezas espirituales, intelectuales, materiales, todo lo que el Señor nos ha dado, sino abrirse, ser solidarios, estar atentos al otro. En la plaza he visto que hay muchos jóvenes: ¿es verdad esto? ¿Hay muchos jóvenes? ¿Dónde están? A vosotros, que estáis en el comienzo del camino de la vida, os pregunto: ¿habéis pensado en los talentos que Dios os ha dado? ¿Habéis pensado en cómo podéis ponerlos al servicio de los demás? ¡No enterréis los talentos! Apostad por ideales grandes, esos ideales que ensanchan el corazón, los ideales de servicio que harán fecundos vuestros talentos. La vida no se nos da para que la conservemos celosamente para nosotros mismos, sino que se nos da para que la donemos. Queridos jóvenes, ¡tened un ánimo grande! ¡No tengáis miedo de soñar cosas grandes!

(...) Queridos hermanos y hermanas, que contemplar el juicio final jamás nos dé temor, sino que más bien nos impulse a vivir mejor el presente. Dios nos ofrece con misericordia y paciencia este tiempo para que aprendamos cada día a reconocerle en los pobres y en los pequeños; para que nos empleemos en el bien y estemos vigilantes en la oración y en el amor. Que el Señor, al final de nuestra existencia y de la historia, nos reconozca como siervos buenos y fieles. Gracias.

Ángelus 2014

No esconder nuestra fe y nuestra pertenencia a Cristo

Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

El Evangelio de este domingo es la parábola de los talentos, tomada de san Mateo (25, 14-30). Relata acerca de un hombre que, antes de partir para un viaje, convocó a sus siervos y les confió su patrimonio en talentos, monedas antiguas de grandísimo valor. Ese patrón dejó al primer siervo cinco talentos, al segundo dos, al tercero uno. Durante la ausencia del patrón, los tres siervos tenían que hacer fructificar ese patrimonio. El primer y el segundo siervo duplicaron cada uno el capital inicial; el tercero, en cambio, por miedo a perder todo, sepultó el talento recibido en un hoyo. Al regresar el patrón, los dos primeros recibieron la alabanza y la recompensa, mientras que el tercero, que restituyó sólo la moneda recibida, fue reprendido y castigado.

Es claro el significado de esto. El hombre de la parábola representa a Jesús, los siervos somos nosotros y los talentos son el patrimonio que el Señor nos confía. ¿Cuál es el patrimonio? Su Palabra, la Eucaristía, la fe en el Padre celestial, su perdón... en definitiva, muchas cosas, sus bienes más preciosos. Este es el patrimonio que Él nos confía. No sólo para custodiar, sino para fructificar. Mientras que en el uso común el término «talento» indica una destacada cualidad individual —por ejemplo, el talento en la música, en el deporte, etc.—, en la parábola los talentos representan los bienes del Señor, que Él nos confía para que los hagamos fructificar. El hoyo cavado en la tierra por el «siervo negligente y holgazán» (v. 26) indica el miedo a arriesgar que bloquea la creatividad y la fecundidad del amor. Porque el miedo a los riesgos del amor nos bloquea. Jesús no nos pide que conservemos su gracia en una caja fuerte. Jesús no nos pide esto, sino más bien quiere que la usemos en beneficio de los demás. Todos los bienes que hemos recibido son para darlos a los demás, y así crecen. Es como si nos dijera: «Aquí tienes mi misericordia, mi ternura, mi perdón: tómalos y haz amplio uso de ello». Y nosotros, ¿qué hemos hecho con ello? ¿A quién hemos «contagiado» con nuestra fe? ¿A cuántas personas hemos alentado con nuestra esperanza? ¿Cuánto amor hemos compartido con nuestro prójimo? Son preguntas que nos hará bien plantearnos. Cualquier ambiente, incluso el más lejano e inaccesible, puede convertirse en lugar donde fructifiquen los talentos. No

existen situaciones o sitios que sean obstáculo para la presencia y el testimonio cristiano. El testimonio que Jesús nos pide no es cerrado, es abierto, depende de nosotros.

Esta parábola nos alienta a no esconder nuestra fe y nuestra pertenencia a Cristo, a no sepultar la Palabra del Evangelio, sino a hacerla circular en nuestra vida, en las relaciones, en las situaciones concretas, como fuerza que pone en crisis, que purifica y renueva. Así también el perdón que el Señor nos da especialmente en el sacramento de la Reconciliación: no lo tengamos cerrado en nosotros mismos, sino dejemos que irradie su fuerza, que haga caer los muros que levantó nuestro egoísmo, que nos haga dar el primer paso en las relaciones bloqueadas, retomar el diálogo donde ya no hay comunicación... Y así sucesivamente. Hacer que estos talentos, estos regalos, estos dones que el Señor nos dio, sean para los demás, crezcan, produzcan fruto, con nuestro testimonio.

Creo que hoy sería un hermoso gesto que cada uno de vosotros tomara el Evangelio en casa, el Evangelio de san Mateo, capítulo 25, versículos del 14 al 30, Mateo 25, 14-30, y leyera esto, y meditara un poco: «Los talentos, las riquezas, todo lo que Dios me ha dado de espiritual, de bondad, la Palabra de Dios, ¿cómo hago para que crezcan en los demás? ¿O sólo los cuido en la caja fuerte?».

Además, el Señor no da a todos las mismas cosas y de la misma forma: nos conoce personalmente y nos confía lo que es justo para nosotros; pero en todos, en todos hay algo igual: la misma e inmensa confianza. Dios se fía de nosotros, Dios tiene esperanza en nosotros. Y esto es lo mismo para todos. No lo decepcionemos. No nos dejemos engañar por el miedo, sino devolvamos confianza con confianza. La Virgen María encarna esta actitud de la forma más hermosa y más plena. Ella recibió y acogió el don más sublime, Jesús en persona, y a su vez lo ofreció a la humanidad con corazón generoso. A ella le pedimos que nos ayude a ser «siervos buenos y fieles», para participar «en el gozo de nuestro Señor».

BENEDICTO XVI - Ángelus 2008 y 2011

2008

Lo que Cristo nos ha dado se multiplica dándolo

Queridos hermanos y hermanas:

La Palabra de Dios de este domingo, penúltimo del año litúrgico, nos invita a estar vigilantes y activos, en espera de la vuelta del Señor Jesús al final de los tiempos. La página del Evangelio narra la célebre parábola de los talentos, referida por san Mateo (cf. *Mt* 25, 14-30). El “talento” era una antigua moneda romana, de gran valor, y precisamente a causa de la popularidad de esta parábola se ha convertido en sinónimo de dote personal, que cada uno está llamado a hacer fructificar. En realidad, el texto habla de “un hombre que, al ausentarse, llamó a sus siervos y les encomendó su hacienda” (*Mt* 25, 14).

El hombre de esta parábola representa a Cristo mismo; los siervos son los discípulos; y los talentos son los dones que Jesús les encomienda. Por tanto, estos dones, no sólo representan las cualidades naturales, sino también las riquezas que el Señor Jesús nos ha dejado como herencia para que las hagamos fructificar: su Palabra, depositada en el santo Evangelio; el Bautismo, que nos renueva en el Espíritu Santo; la oración –el “padrenuestro”– que elevamos a Dios como hijos unidos en el Hijo; su perdón, que nos ha ordenado llevar a todos; y el sacramento de su Cuerpo inmolado y de su Sangre derramada. En una palabra: el reino de Dios, que es él mismo, presente y vivo en medio de nosotros.

Este es el tesoro que Jesús encomendó a sus amigos al final de su breve existencia terrena. La parábola de hoy insiste en la actitud interior con la que se debe acoger y valorar este don. La actitud equivocada es la del miedo: el siervo que tiene miedo de su señor y teme su regreso, esconde la moneda bajo tierra y no produce ningún fruto. Esto sucede, por ejemplo, a quien, habiendo recibido el Bautismo, la Comunión y la Confirmación, entierra después dichos dones bajo una capa de prejuicios, bajo una falsa imagen de Dios que paraliza la fe y las obras, defraudando las expectativas del Señor.

Pero la parábola da más relieve a los buenos frutos producidos por los discípulos que, felices por el don recibido, no lo mantuvieron escondido por temor y celos, sino que lo hicieron fructificar, compartiéndolo, repartiéndolo. Sí; lo que Cristo nos ha dado se multiplica dándolo. Es un tesoro que hemos recibido para gustarlo, invertirlo y compartirlo con todos, como nos enseña el apóstol san Pablo, gran administrador de los talentos de Jesús.

La enseñanza evangélica que la liturgia nos ofrece hoy ha influido también en el plano histórico-social, promoviendo en las poblaciones cristianas una mentalidad activa y emprendedora. Pero el mensaje central se refiere al espíritu de responsabilidad con el que se debe acoger el reino de Dios: responsabilidad con Dios y con la humanidad.

La Virgen María, que, al recibir el don más valioso, Jesús mismo, lo ofreció al mundo con inmenso amor, encarna perfectamente esta actitud del corazón. Pidámosle que nos ayude a ser “siervos buenos y fieles”, para que podamos participar un día en “el gozo de nuestro Señor”.

2011

Invitación a una laboriosa y alegre vigilancia

Queridos hermanos y hermanas:

La Palabra de Dios de este domingo —el penúltimo del año litúrgico— nos advierte de la precariedad de la existencia terrena y nos invita a vivirla como una peregrinación, teniendo la mirada fija en la meta, en aquel Dios que nos ha creado y, dado que nos ha hecho para sí (cf. san Agustín, *Confesiones*. 1, 1), es nuestro destino último y el sentido de nuestra vida. Paso obligado para llegar a esa realidad definitiva es la muerte, seguida del juicio final. El apóstol Pablo recuerda que «el día del Señor llegará como un ladrón en la noche» (1 Ts 5, 2), es decir, sin avisar. La conciencia del retorno glorioso del Señor Jesús nos impulsa a vivir en una actitud de vigilancia, esperando su manifestación en la constante memoria de su primera venida.

En la célebre parábola de los talentos —que narra el evangelista Mateo (cf. 25, 14-30)—, Jesús habla de tres siervos a los que el señor, en el momento de partir para un largo viaje, les confía sus bienes. Dos de ellos se comportan bien, porque hacen fructificar el doble los bienes recibidos. El tercero, en cambio, esconde el dinero recibido en un hoyo. Al volver a casa, el señor pide cuentas a los siervos de lo que les había confiado y, mientras se complace con los dos primeros, el tercero lo defrauda. En efecto, el siervo que mantuvo escondido el talento sin valorizarlo hizo mal sus cálculos: se comportó como si su señor ya no fuera a regresar, como si no hubiera un día en que le pediría cuentas de su actuación. Con esta parábola, Jesús quiere enseñar a los discípulos a usar bien sus dones: Dios llama a cada hombre a la vida y le entrega talentos, confiándole al mismo tiempo una misión que cumplir. Sería de necios pensar que estos dones se nos deben, y renunciar a emplearlos sería incumplir el fin de la propia existencia. Comentando esta página evangélica, san Gregorio Magno nota que el Señor a nadie niega el don de su caridad, del amor. Escribe: «Por esto, es

necesario, hermanos míos, que pongáis sumo cuidado en la custodia de la caridad, en toda acción que tengáis que realizar» (*Homilías sobre los Evangelios* 9, 6). Y tras precisar que la verdadera caridad consiste en amar tanto a los amigos como a los enemigos, añade: «Si uno adolece de esta virtud, pierde todo bien que tiene, es privado del talento recibido y arrojado fuera, a las tinieblas» (*ib.*).

Queridos hermanos, acojamos la invitación a la vigilancia, a la que tantas veces nos exhortan las Escrituras. Esta es la actitud de quien sabe que el Señor volverá y querrá ver en nosotros los frutos de su amor. La caridad es el bien fundamental que nadie puede dejar de hacer fructificar y sin el cual cualquier otro don es vano (cf. *1 Co* 13, 3). Si Jesús nos ha amado hasta el punto de dar su vida por nosotros (cf. *1 Jn* 3, 16), ¿cómo podríamos no amar a Dios con todas nuestras fuerzas y amarnos de todo corazón los unos a los otros? (cf. *1 Jn* 4, 11). Sólo practicando la caridad, también nosotros podremos participar en la alegría de nuestro Señor. Que la Virgen María sea nuestra maestra de laboriosa y alegre vigilancia en el camino hacia el encuentro con Dios.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

Nuestro mérito por las obras buenas proviene de la gracia de Dios

2006. El término “mérito” designa en general la retribución debida por parte de una comunidad o una sociedad por la acción de uno de sus miembros, experimentada como obra buena u obra mala, digna de recompensa o de sanción. El mérito depende de la virtud de la justicia conforme al principio de igualdad que la rige.

2007. Frente a Dios no hay, en el sentido de un derecho estricto, mérito por parte del hombre. Entre él y nosotros, la desigualdad no tiene medida, porque nosotros lo hemos recibido todo de él, nuestro Creador.

2008. El mérito del hombre ante Dios en la vida cristiana proviene de que Dios ha dispuesto libremente asociar al hombre a la obra de su gracia. La acción paternal de Dios es lo primero, en cuanto que él impulsa, y el libre obrar del hombre es lo segundo en cuanto que éste colabora, de suerte que los méritos de las obras buenas tengan que atribuirse a la gracia de Dios en primer lugar, y al fiel en segundo lugar. Por otra parte el mérito del hombre recae también en Dios, pues sus buenas acciones proceden, en Cristo, de las gracias prevenientes y de los auxilios del Espíritu Santo.

2009. La adopción filial, haciéndonos partícipes por la gracia de la naturaleza divina, puede conferirnos, según la justicia gratuita de Dios, un verdadero mérito. Se trata de un derecho por gracia, el pleno derecho del amor, que nos hace “coherederos” de Cristo y dignos de obtener la “herencia prometida de la vida eterna” (Cc. de Trento: DS 1546). Los méritos de nuestras buenas obras son dones de la bondad divina (cf. Cc. de Trento: DS 1548). “La gracia ha precedido; ahora se da lo que es debido...los méritos son dones de Dios” (S. Agustín, serm. 298,4-5).

2010. Por pertenecer a Dios la iniciativa en el orden de la gracia, nadie puede merecer la gracia primera, en el inicio de la conversión, del perdón y de la justificación. Bajo la moción del Espíritu Santo y de la caridad, podemos después merecer en favor nuestro y de los demás gracias útiles para nuestra santificación, para el crecimiento de la gracia y de la caridad, y para la obtención de la vida eterna. Los mismos bienes temporales, como la salud, la amistad, pueden ser merecidos según la

sabiduría de Dios. Estas gracias y estos bienes son objeto de la oración cristiana. Esta remedia nuestra necesidad de la gracia para las acciones meritorias.

2011. La caridad de Cristo es en nosotros la fuente de todos nuestros méritos ante Dios. La gracia, uniéndonos a Cristo con un amor activo, asegura la cualidad sobrenatural de nuestros actos y por consiguiente su mérito tanto ante Dios como ante los hombres. Los santos han tenido siempre una conciencia viva de que sus méritos eran pura gracia.

Tras el destierro en la tierra espero gozar de ti en la Patria, pero no quiero amontonar méritos para el Cielo, quiero trabajar sólo por vuestro amor...En el atardecer de esta vida compareceré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que cuentes mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, quiero revestirme de tu propia Justicia y recibir de tu Amor la posesión eterna de ti mismo... (S. Teresa del Niño Jesús, ofr.).

El Juicio final pondrá en evidencia nuestro mérito

1038. La resurrección de todos los muertos, “de los justos y de los pecadores” (Hch 24, 15), precederá al Juicio final. Esta será “la hora en que todos los que estén en los sepulcros oirán su voz y los que hayan hecho el bien resucitarán para la vida, y los que hayan hecho el mal, para la condenación” (Jn 5, 28-29). Entonces, Cristo vendrá “en su gloria acompañado de todos sus ángeles,... Serán congregadas delante de él todas las naciones, y él separará a los unos de los otros, como el pastor separa las ovejas de las cabras. Pondrá las ovejas a su derecha, y las cabras a su izquierda... E irán estos a un castigo eterno, y los justos a una vida eterna.” (Mt 25, 31. 32. 46).

1039. Frente a Cristo, que es la Verdad, será puesta al desnudo definitivamente la verdad de la relación de cada hombre con Dios (cf. Jn 12, 49). El Juicio final revelará hasta sus últimas consecuencias lo que cada uno haya hecho de bien o haya dejado de hacer durante su vida terrena:

Todo el mal que hacen los malos se registra - y ellos no lo saben. El día en que “Dios no se callará” (Sal 50, 3) ... Se volverá hacia los malos: “Yo había colocado sobre la tierra, dirá El, a mis pobrecitos para vosotros. Yo, su cabeza, gobernaba en el cielo a la derecha de mi Padre -pero en la tierra mis miembros tenían hambre. Si hubierais dado a mis miembros algo, eso habría subido hasta la cabeza. Cuando coloqué a mis pequeñuelos en la tierra, los constituí comisionados vuestros para llevar vuestras buenas obras a mi tesoro: como no habéis depositado nada en sus manos, no poseéis nada en Mí” (San Agustín, serm. 18, 4, 4).

1040. El Juicio final sucederá cuando vuelva Cristo glorioso. Sólo el Padre conoce el día y la hora en que tendrá lugar; sólo El decidirá su advenimiento. Entonces, El pronunciará por medio de su Hijo Jesucristo, su palabra definitiva sobre toda la historia. Nosotros conoceremos el sentido último de toda la obra de la creación y de toda la economía de la salvación, y comprenderemos los caminos admirables por los que Su Providencia habrá conducido todas las cosas a su fin último. El juicio final revelará que la justicia de Dios triunfa de todas las injusticias cometidas por sus criaturas y que su amor es más fuerte que la muerte (cf. Ct 8, 6).

1041. El mensaje del Juicio final llama a la conversión mientras Dios da a los hombres todavía “el tiempo favorable, el tiempo de salvación” (2 Co 6, 2). Inspira el santo temor de Dios. Compromete para la justicia del Reino de Dios. Anuncia la “bienaventurada esperanza” (Tt 2, 13) de la vuelta del Señor que “vendrá para ser glorificado en sus santos y admirado en todos los que hayan creído” (2 Ts 1, 10).

Ser laboriosos en espera del retorno del Señor

1048. “Ignoramos el momento de la consumación de la tierra y de la humanidad, y no sabemos cómo se transformará el universo. Ciertamente, la figura de este mundo, deformada por el pecado, pasa, pero se nos enseña que Dios ha preparado una nueva morada y una nueva tierra en la que habita la justicia y cuya bienaventuranza llenará y superará todos los deseos de paz que se levantan en los corazones de los hombres” (GS 39, 1).

1049. “No obstante, la espera de una tierra nueva no debe debilitar, sino más bien avivar la preocupación de cultivar esta tierra, donde crece aquel cuerpo de la nueva familia humana, que puede ofrecer ya un cierto esbozo del siglo nuevo. Por ello, aunque hay que distinguir cuidadosamente el progreso terreno del crecimiento del Reino de Cristo, sin embargo, el primero, en la medida en que puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa mucho al Reino de Dios” (GS 39, 2).

1050. “Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra diligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal” (GS 39, 3; cf. LG 2). Dios será entonces “todo en todos” (1 Co 15, 22), en la vida eterna:

La vida subsistente y verdadera es el Padre que, por el Hijo y en el Espíritu Santo, derrama sobre todos sin excepción los dones celestiales. Gracias a su misericordia, nosotros también, hombres, hemos recibido la promesa indefectible de la vida eterna (San Cirilo de Jerusalén, catech. ill. 18, 29).

La diversidad de los talentos

1936. Al venir al mundo, el hombre no dispone de todo lo que es necesario para el desarrollo de su vida corporal y espiritual. Necesita de los demás. Ciertamente hay diferencias entre los hombres por lo que se refiere a la edad, a las capacidades físicas, a las aptitudes intelectuales o morales, a las circunstancias de que cada uno se pudo beneficiar, a la distribución de las riquezas (cf GS 29,2). Los “talentos” no están distribuidos por igual (cf Mt 25,14-30; Lc 19,11-27).

1937. Estas diferencias pertenecen al plan de Dios, que quiere que cada uno reciba de otro aquello que necesita, y que quienes disponen de “talentos” particulares comuniquen sus beneficios a los que los necesiten. Las diferencias alientan y con frecuencia obligan a las personas a la magnanimidad, a la benevolencia y a la comunicación. Incitan a las culturas a enriquecerse unas a otras:

Yo no doy todas las virtudes por igual a cada uno...hay muchos a los que distribuyo de tal manera, esto a uno aquello a otro...A uno la caridad, a otro la justicia, a éste la humildad, a aquél una fe viva...En cuanto a los bienes temporales las cosas necesarias para la vida humana las he distribuido con la mayor desigualdad, y no he querido que cada uno posea todo lo que le era necesario para que los hombres tengan así ocasión, por necesidad, de practicar la caridad unos con otros...He querido que unos necesitasen de otros y que fuesen mis servidores para la distribución de las gracias y de las liberalidades que han recibido de mí (S. Catalina de Siena, Dial. 1,7).

La dignidad de la mujer

2331. “Dios es amor y vive en sí mismo un misterio de comunión personal de amor. Creándola a su imagen ... Dios inscribe en la humanidad del hombre y de la mujer la vocación, y consiguientemente la capacidad y la responsabilidad del amor y de la comunión” (FC 11).

“Dios creó el hombre a imagen suya...hombre y mujer los creó” (Gn 1,27). *“Creced y multiplicaos”* (Gn 1,28); *“el día en que Dios creó al hombre, le hizo a imagen de Dios. Los creó varón y hembra, los bendijo, y los llamó “Hombre” en el día de su creación”* (Gn 5,1-2).

2334. “Creando al hombre ‘varón y mujer’, Dios da la dignidad personal de igual modo al hombre y a la mujer” (FC 22; cf GS 49,2). “El hombre es una persona, y esto se aplica en la misma medida al hombre y a la mujer, porque los dos fueron creados a imagen y semejanza de un Dios personal” (MD 6).

El matrimonio en el orden de la creación

1603. “La íntima comunidad de vida y amor conyugal, fundada por el Creador y provista de leyes propias, se establece sobre la alianza del matrimonio... un vínculo sagrado... no depende del arbitrio humano. El mismo Dios es el autor del matrimonio” (GS 48,1). La vocación al matrimonio se inscribe en la naturaleza misma del hombre y de la mujer, según salieron de la mano del Creador. El matrimonio no es una institución puramente humana a pesar de las numerosas variaciones que ha podido sufrir a lo largo de los siglos en las diferentes culturas, estructuras sociales y actitudes espirituales. Estas diversidades no deben hacer olvidar sus rasgos comunes y permanente. A pesar de que la dignidad de esta institución no se trasluzca siempre con la misma claridad (cf GS 47,2), existe en todas las culturas un cierto sentido de la grandeza de la unión matrimonial. “La salvación de la persona y de la sociedad humana y cristiana está estrechamente ligada a la prosperidad de la comunidad conyugal y familiar” (GS 47,1).

1604. Dios que ha creado al hombre por amor lo ha llamado también al amor, vocación fundamental e innata de todo ser humano. Porque el hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios (Gn 1,2), que es Amor (cf 1 Jn 4,8.16). Habiéndolos creado Dios hombre y mujer, el amor mutuo entre ellos se convierte en imagen del amor absoluto e indefectible con que Dios ama al hombre. Este amor es bueno, muy bueno, a los ojos del Creador (cf Gn 1,31). Y este amor que Dios bendice es destinado a ser fecundo y a realizarse en la obra común del cuidado de la creación. “Y los bendijo Dios y les dijo: “Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sometedla” (Gn 1,28).

1605. La Sagrada escritura afirma que el hombre y la mujer fueron creados el uno para el otro: “No es bueno que el hombre esté solo”. La mujer, “carne de su carne”, su igual, la criatura más semejante al hombre mismo, le es dada por Dios como una “auxilio”, representando así a Dios que es nuestro “auxilio” (cf Sal 121,2). “Por eso deja el hombre a su padre y a su madre y se une a su mujer, y se hacen una sola carne” (cf Gn 2,18-25). Que esto significa una unión indefectible de sus dos vidas, el Señor mismo lo muestra recordando cuál fue “en el principio”, el plan del Creador: “De manera que ya no son dos sino una sola carne” (Mt 19,6).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

¡Mujer, eres libre!

La primera lectura de este Domingo contiene un célebre elogio de la mujer, que es necesario escuchar al menos en parte. Dice:

«Una mujer hacendosa, ¿quién la hallará? Vale mucho más que las perlas. Su marido se fía de ella, y no le faltan riquezas. Le trae ganancias y no pérdidas todos los días de su vida. Adquiere lana y lino, los trabaja con la destreza de sus manos... Engañosa es la gracia, fugaz la hermosura, la que teme al Señor merece alabanza».

Este elogio, tan hermosísimo, tiene un defecto, que obviamente no depende de la Biblia, sino de la época en que fue escrito y de la cultura que refleja. Si se le hace caso, se descubre que este elogio de la mujer está totalmente en función del hombre. Su conclusión es: dichoso el hombre que

posee una tal mujer. Ella le teje los vestidos, hace honor a su casa, le permite caminar con la cabeza bien alta entre los amigos. No creo que hoy las mujeres estuvieran entusiasmadas con este elogio.

Para conocer el verdadero y definitivo pensamiento de la Biblia sobre la mujer, es necesario mirar el proyecto de Jesús. Jesús no era lo que hoy llamaríamos un «feminista»; nunca ha hecho un análisis o una crítica explícita de las instituciones y de las relaciones entre clases o entre sexos. Su misión se pone en el plano donde la diferencia entre macho y hembra no tiene peso alguno. Ambos son imagen de Dios, ambos necesitados de redención.

Pero, precisamente por esto, Jesús está en disposición de poner al desnudo las monstruosidades, que han llevado a la situación actual de sujeción o sometimiento de la mujer en relación con el hombre. Él es libre frente a la mujer. A diferencia de todos los demás, él no la percibe como una asechanza y una amenaza y esto le permite romper muchos prejuicios. No desdeña hablar con mujeres, enseñarles, hacer discípulas de entre ellas. Resucitado, se manifiesta primero a algunas mujeres, que así llegan a ser sus primeros testigos. Nunca sale de su boca una palabra de desprecio o de ironía hacia la mujer, lo que era una especie de lugar común en la cultura del tiempo, empapada de incomunicación, como por lo demás también lo es hoy.

La salud de la mujer es importante para Jesús tanto como la del hombre. Por eso, muchos de sus milagros tienen por objeto a las mujeres. Hay en concreto un milagro de Jesús, que me conmueve: la curación de la mujer encorvada. Se lee que un día Jesús ve a una mujer «a la que un espíritu tenía enferma hacía dieciocho años; estaba encorvada y no podía en modo alguno enderezarse. Al verla, Jesús la llamó y le dijo: “Mujer, quedas libre de tu enfermedad”. Le impuso las manos. Y al instante se enderezó y glorificaba a Dios» (Lucas 13, 10ss.).

Aquella mujer encorvada, a la que Jesús le grita: «¡eres libre!» y que, después de tanto tiempo, pudo levantar la cabeza, mirar a las personas al rostro, ver el cielo, glorificar a Dios, sentirse igualmente ella una persona humana, me parece un símbolo poderoso. No es sólo una mujer; es la misma condición femenina la que está representada al vivo en aquella escena; es la pantalla de innumerables mujeres, que caminan encorvadas, no por alguna enfermedad de la espina dorsal, sino por la opresión, a la que están sometidas en casi todas las culturas.

Cuánta liberación, cuánta esperanza está encerrada en aquel grito de Jesús: «Mujer, eres libre». Uno de los hechos más positivos de nuestra época es precisamente la justa emancipación de la mujer y la paridad de derechos. En la encíclica sobre la dignidad de la mujer (*Mulieris dignitatem*), el papa Juan Pablo II ha despejado la contribución que la Iglesia pretende dar a este signo de los tiempos. Pero, ¿podemos decir que la era de las mujeres «encorvadas» ha terminado? Yo creo que, en ciertos niveles, la liberación principal de la mujer debe aún llegar. Me refiero a un aspecto particular de la condición femenina, que yo llamaría: el espíritu de esclavitud.

Hablo especialmente a las mujeres de ciertas áreas culturales, en donde es todavía fuerte este espíritu de esclavitud y la liberación de la mujer aún ha de iniciarse. Mujeres, que después de una breve alba de su juventud, cuando el mundo se les des atrancaba y todas parecían secuestradas frente a su juventud y su gentileza, una vez llegadas a ser esposas y madres, son reducidas a esclavas: esclavas de los maridos, esclavas de los hijos, esclavas del trabajo; sin alegría, sin belleza, vestidas permanentemente casi de negro (hay siempre, se sabe, algún luto que llevar en familia). Existen, es verdad, casos donde la situación ha cambiado y el marido sufre a causa de la mujer; pero, esta vez ocupémonos del caso más frecuente.

Me diréis: «Pero, ¡tú estás predicando contra el Evangelio! ¿El Evangelio no habla de la renuncia a sí mismo, de la mortificación, de la abnegación? ¿No es esto un valor evangélico?»

Respondo: ¡no, de esta forma; no, con este tipo de privación! Este tipo de esclavitud no deja vivir, impide alegrarse y proporcionar alegría; impide de igual forma hasta de sufrir libremente. Empobrece la vida de familia; les quita algo importante a los hijos. La curación de la familia debe comenzar también desde aquí. A una mujer esclava en su casa, frecuentemente le corresponde al marido una amante fuera de casa...

«Para ser libres nos ha liberado Cristo» (Gálatas 5,1). Si, después, hay ocasión de sufrir y de renegar por los hijos, por el marido, por los suegros, lo haréis; pero, lo haréis con alegría; con libertad interior. Esta libertad, de la que estamos hablando, hace en efecto libres precisamente para servir, no ciertamente para hacer la propia comodidad. «Vosotros, hermanos, habéis sido llamados a la libertad... servíos unos a otros por amor» (Gálatas 5,13).

El mundo tiene necesidad de las mujeres no sólo hasta los veinticinco años; tiene necesidad de ellas también después. Tiene necesidad de su alma, ¡no sólo de su cuerpo! Por esto, ¡basta con este espectáculo de la mujer, reducida solamente a su cuerpo, a sus senos y poco más! Es una instrumentalización de la mujer, es reducida a una cosa. Por suerte, ahora comienza a levantarse también alguna voz laica contra este seguir la corriente: «¿Qué necesidad hay, decía recientemente una exponente laica de un gobierno, de exponer sistemáticamente a mujeres desnudas en las tapas de semanarios, que se dicen de actualidad y de cultura?».

Pero, escuchadme, hermanas mujeres: vosotras no sois sólo víctimas de esta situación; sois, también, cómplices, al menos en parte. En el Génesis, Dios le habla a Eva y le dice: «Hacia tu marido irá tu apetencia, y él te dominará» (Génesis 3, 16). Ésta es una palabra, que describe mucho mejor que enteros tratados la suerte de la mujer en la historia. Tú, mujer, después del pecado, serás atraída por tu marido; serás dominada por el instinto de gustar al hombre; y no te darás cuenta que el hombre usará precisamente esta situación para dominarte. ¿Y exactamente es lo que sucede?

¿Cuál es vuestra parte de complicidad en todo esto? Si se me permite hablaras algo francamente, yo os diría esto: no debéis concebir la vida en función sólo del hombre, no debéis sólo apostar todo por el hecho de gustarle y atraer su atención y su mirada deseosa. Si lo hacéis así la consecuencia es inevitable: permaneceréis esclavas, el hombre verá en vosotras sólo el sexo y os usará para la publicidad, para la pornografía, para todo lo que le resulta cómodo.

Ha habido una conferencia mundial de la ONU sobre las mujeres en Pekín. Hoy todo el mundo habla de la paridad de derechos del hombre y de la mujer. Es ciertamente un signo de los tiempos, una cosa bellísima. Pero, si nos limitamos a redactar «cartas» sobre los derechos de la mujer y no tiene lugar una curación profunda en el corazón de la misma mujer, Pekín y todas las demás conferencias no servirán para nada; y todo el hablar, que se hace hoy sobre los derechos de la mujer, permanecerá letra muerta.

La mujer (como, por lo demás, igualmente el hombre) tiene un aliado potente en este camino de auténtica liberación: el Espíritu Santo. «Donde está el Espíritu del Señor, allí está la libertad» (2 Corintios 3, 17). Es él, el Espíritu mismo, el que «se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios» (Romanos 8, 16). Esto es, es el que nos da el verdadero sentido de nuestra dignidad y libertad. Se lee que la hija de un rey de Francia acostumbraba a tratar muy duramente a su joven camarera. Un día, irritada, le dijo: «Acaso, ¿no sabes que yo soy la hija de tu rey?» La joven con calma respondió: «¿Y tú no sabes que yo soy la hija de tu Dios?» ¡El Espíritu Santo la había instruido bien!

En hebreo, el nombre del Espíritu Santo, *Ruach*, es femenino. Pero, sin levantar mucho polvo sobre esto, es cierto que hay una afinidad, una connivencia, una cierta complicidad entre el Espíritu

Santo y la mujer. Él es llamado en la Escritura, el Paráclito, esto es, el consolador; es llamado, también, el «Espíritu de vida»; el que «calienta lo que está frío y sana lo que está herido». ¿Y quién, más que la mujer, comparte en el ámbito humano estas prerrogativas?

En el Cántico de las criaturas, san Francisco hace un elogio de la luna y de las estrellas diciendo: «¡Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas: en el cielo las has formado brillantes, preciosas y bellas!». Yo quisiera aplicar este elogio a las mujeres y decir: «Alabado seas, mi Señor, por nuestras hermanas mujeres: en la tierra las has formado, brillantes, preciosas y bellas».

FLUVIUM (www.fluvium.org)

La vida pensando en Dios

La iglesia nos ofrece en este domingo una enseñanza más de Jesucristo sobre el Reino de los Cielos. Si la pasada semana nos recordaba que es un Reino siempre actual que reclama del hombre un interés permanente, como el de las vírgenes prudentes que aguardaban siempre dispuestas al Esposo, ahora nos hace ver que es además por un Reino a la medida de cada uno. Los hombres, como servidores del gran Rey, Señor del mundo, nos vemos dotados de diversos talentos según la capacidad de cada uno. Dios, Señor de cielos y tierra y justo juez, retribuye a cada individuo, depositario de sus dones, en función de su empeño por corresponder a lo que ha recibido. Ese empeño, desvelo y medida del interés por su Señor, es la respuesta humana al requerimiento divino.

El gran Rey es Señor absoluto, pues nadie le supera en majestad y poder: es Dios, Creador del Universo y domina sobre cuanto existe como absoluto Señor. También el hombre es señor, aunque no absoluto, pues su dominio no alcanza a toda la realidad. Sí es señor, sin embargo, de los talentos que, –en su caso– Dios le ha otorgado: la capacidad que tenemos para alcanzar nuestro destino en El, gracias a la condición de personas que nos ha concedido.

Para nosotros, pues, lo decisivo no será, entonces, si tenemos muchos o pocos talentos –Dios, Señor absoluto, nos los ha otorgado de modo diverso a cada uno según su voluntad–, sino lo que libremente ponemos de nuestra parte para hacerlos rendir. Sólo con ser personas debemos reconocer agradecimiento a nuestro Creador; pero, además, nos vemos con algunas cualidades; que, aunque puedan ser escasas, son verdaderos talentos; es decir, oportunidades de servirle conscientemente: de amarle.

No debiéramos apenarnos por pensar que tenemos pocas cualidades, ni sentirnos orgullosos si nos parece que valemos mucho. Preguntémonos, en cambio: ¿hago todo lo que puedo? ¿Soy consciente de que es para Dios mi actuación, o me preocupa, más bien, el beneficio particular que, obtengo? A partir de preguntas de este estilo descubriremos nuestra rectitud. Si con frecuencia comparamos la propia conducta con la de otros; si ponderamos excesivamente el éxito o el fracaso, o si de ello depende bastante nuestro estado de ánimo; si, en ocasiones, nos molesta el triunfo de los demás..., es señal de que no valoramos nuestras cualidades como lo que son: oportunidades recibidas de Dios para servirle, las que Él ha querido –suficientes, por tanto– para amarle.

Observemos que el señor de la parábola concede el mismo premio a los dos servidores que hicieron rendir sus talentos. No se fija, en efecto, en cuánto consiguió cada uno. El primero obtuvo cinco talentos como fruto de su esfuerzo, el segundo solamente dos. Aunque el primero logró más del doble que el segundo ambos escuchan: **Muy bien, siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor.** No menciona el señor para nada

la eficacia material. Sólo tiene en cuenta que los dos han trabajado bien a la medida de los talentos recibidos y, por eso, los dos doblaron su capital.

¡Cuántas veces la satisfacción personal no es a la medida de la honradez, de la rectitud, de la justicia! Y, ¡con cuánta frecuencia buscamos ante todo sentirnos satisfechos de nosotros mismos! Valdrá la pena un examen de conciencia detallado sobre la realidad objetiva de nuestra conducta: **por sus frutos los conoceréis**, afirmó Jesús. Debemos, por tanto, observar el resultado de nuestras acciones. Ver si hay progresos en nuestra vida en su presencia, sin caer en comparaciones con la vida de otros. Si, en definitiva, mejoramos, no por amor propio, sino por amor a Dios.

Nuestra Madre, Santa María, convencida de su pequeñez ante Dios, busca sólo ser su esclava: quiere ser toda para Dios. Y el Creador, que no se deja ganar en generosidad, la eleva en cuerpo y alma al cielo.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

Jesús y la mujer

Contrariamente a lo habitual, hoy pondremos en el centro de nuestra atención la primera lectura, aquella que comenzaba diciendo: *Una buena ama de casa, ¿quién la encontrará? Es mucho más valiosa que las perlas.*

La liturgia de la palabra insiste hoy en el tema de la mujer. En el salmo responsorial hemos escuchado alabar a la esposa que será como una vid fecunda en el seno de tu hogar. Además, estamos en el año mundial de la mujer, una iniciativa particularmente cara a la Iglesia. En todos lados se escribe y se habla sobre la mujer. Los movimientos feministas hicieron oír su voz, que día a día se hace más consciente y animosa.

Es un deber para nosotros (¡que nos proponemos reflexionar sobre la palabra de Dios a la luz de los signos de los tiempos!) no dejar pasar inadvertida la ocasión que nos ofrece la liturgia. Al tratar de descubrir qué dice la palabra de Dios a la mujer y de la mujer, hoy queremos rendir homenaje a nuestras hermanas, que constituyen habitualmente las tres cuartas partes de nuestra asamblea y a quienes, quizás, dedicamos poca atención. Puede ser que al final este homenaje a la mujer les resulte utilísimo también a los hombres, los grandes responsables de la injusta condición femenina...

Es como para preguntarse por qué existen un problema femenino, un año de la mujer, movimientos feministas, y no existen ni un año internacional del hombre ni un movimiento masculinista (el mismo vocablo suena extraño). Es porque, de hecho, todavía hay en la tierra una mortificante situación de desigualdad entre el hombre y la mujer. En realidad, apenas se ha comenzado a tomar conciencia de esa situación. En ciertos países del tercer mundo, la situación todavía presenta aspectos que conmueven. Pero incluso entre nosotros, si sabemos mirar más allá de la fachada, más allá de la imagen de la mujer que vemos en las paredes, en las tapas de las revistas, en las películas, en la publicidad, si bajamos a la vida, dentro de casa, cuánta humillación, cuántos derechos todavía conculcados a partir de aquellos más sagrados de la persona y de los afectos. Aquella fachada falsa es justamente el más grande insulto a la mujer porque tiende a reducirla a cosa, a objeto de consumo para el hombre, olvidando que es una persona.

El problema es mundial y ataca todos los sectores. La remuneración de las mujeres es inferior –se calcula– entre un cincuenta y un ochenta por ciento con respecto a la de los hombres; la tasa de analfabetismo del hombre es del veintiocho por ciento, la de la mujer, del cuarenta por ciento. El

principio de igualdad ante la ley civil, sobre todo en materia de derecho de familia, está bien lejos de ser verdaderamente aplicado. Todo esto para limitarnos a la realidad sociológica.

¿Qué se debe decir ante esta situación que se arrastra desde hace milenios? Se debe decir, antes que nada, “¡mea culpa!”: un “¡mea culpa!” colectivo que no deja afuera ni siquiera a la Iglesia. Hemos pecado. Creo que sería algo hermoso –si se hace con sinceridad y sin hipocresía– que, al terminar este año de la mujer, se realizara una especie de penitencia pública, un acto de auto-acusación frente a nuestras hermanas pasadas y presentes, por las injusticias y los abusos que cometió contra ellas una sociedad dominada por los hombres. Un pedido colectivo de perdón por la más universal falta de caridad hacia el prójimo: aquella que una mitad de la humanidad –los hombres– cometió contra la otra mitad: las mujeres. En el reciente Año Santo, hemos hablado mucho de reconciliación; quizás hayamos olvidado esta que, sin embargo, se incluye entre las más urgentes.

Lamentablemente, es previsible que dicha reconciliación no resulte fácil. El egoísmo tiene raíces muy profundas; la sed de dominio y de placer, si no es contrarrestada con eficacia, no hará sino perpetuar y refinar los mecanismos de dominación del más fuerte. Los mismos movimientos de emancipación se perderán en un revanchismo estéril que, en el mejor de los casos, pondrá en evidencia la situación sin solucionarla.

¿Qué puede decir la palabra de Dios en este terreno? ¿Puede ayudar a entender y solucionar la situación?

Digamos ya mismo que la Biblia refleja también una situación histórica en la que el hombre prevalece sobre la mujer. Por otra parte, incluso en las lecturas escuchadas hoy, se vio que el elogio de la mujer y de la esposa está en función del hombre: ¡feliz el hombre –se dice– que posee a semejante mujer! La misma Iglesia, aun restituyendo a la mujer toda su dignidad personal, no logró apartarse de los prejuicios y de los condicionamientos históricos de las sociedades en que se encontró paso a paso.

Sólo un hombre rompió verdaderamente en eso con la mentalidad de su entorno: Jesucristo. Desafiando la mentalidad de sus contemporáneos, admitió que lo siguieran, habló con ellas y para ellas como con los hombres, respetó sus sentimientos incluso frente a los errores, como en el caso de la Magdalena y de la adúltera. Debajo de la cruz hubo diversas mujeres, pero un solo hombre: Juan.

Jesús se nos presenta libre frente a la mujer como, por otra parte, frente a todo lo creado. En él, la emancipación de la mujer –es decir, la reconquista de la originaria paridad con el hombre, como hija de Dios– encuentra el fundamento seguro. En su Evangelio, la mujer es igual al hombre, sea frente a la vida, sea frente a la salvación. En todo caso, en ciertos aspectos está en posición privilegiada porque sabe demostrar mucho amor (Lc 7, 44, ssq.). Toda discriminación social entre hombre y mujer, todo dominio, aparecen como ilegítimos. Pablo interpreta fielmente el pensamiento de Jesús cuando escribe: *Por lo tanto, ya no hay judío, ni pagano... varón ni mujer, porque todos ustedes no son más que uno en Cristo Jesús* (Gal 3, 28). También la primitiva comunidad cristiana nos puede servir de ejemplo en esto: allí la mujer aparece inserta en todos los niveles.

¿Cómo traducir en fermento para nuestra situación actual la palabra y el ejemplo de Jesús? ¿Cómo pueden alimentar este ascenso de la mujer y orientarla hacia una auténtica liberación? Quizás sea el caso de interrogar justamente al Evangelio de hoy: el discurso sobre los talentos. Si hay un peligro en el movimiento de liberación de la mujer, como a menudo se plantea en nuestros días, es que lleve a una nivelación humillante de los sexos y no a una paridad. Se le indican a la mujer metas que deberían hacerla igual al hombre: en los roles, en el trabajo, en las actitudes, hasta en la vestimenta. ¿La estructura fisiológica de la mujer y su papel en la transmisión de la vida la

distinguen a pesar de todo? Y bien, se relativiza este aspecto fundamental de la existencia y se comienza a hablar en términos despreciativos e irónicos: la maternidad se convertirá en mamitis, el ideal de la familia se convertirá en ideología burguesa. ¡Cierta vez escuché por radio a una enfervorizada feminista rechazar desdeñosamente incluso el concepto de femineidad, como una trampa tendida a las mujeres por los hombres!

Es fácil imaginar lo que produciría un movimiento de emancipación que fuese de veras en esta dirección: una sociedad de alienados; una sociedad donde, para ser iguales en todo, ya nadie sería uno mismo. La caída de la polaridad y de la complementariedad entre hombre y mujer haría miserable la existencia, apagaría la fuente más recóndita de la creatividad y de la alegría entre los hombres.

¿Cuál es en cambio el proyecto que indica la palabra de Dios? Iguales sí, pero en la diversidad. ¡A la constatación de que el hombre no podía vivir solo, Dios no respondió creando otro hombre, sino creando a la mujer! Ya se dijo: la lección de los talentos. Pero, en el orden natural, la primera y más radical distribución de los talentos fue la que Dios hizo al principio, cuando creó al hombre varón y mujer (Gn 1, 27).

La mujer tiene talentos, pero su talento de los talentos es, justamente, la femineidad, ser mujer. Es por medio de la realización de esto que debe erigirse frente al hombre como su socia insustituible e igual. Es el reconocimiento de esta irreductible personalidad y dignidad suya lo que no debe cansarse de exigirle al hombre, no el intercambio de roles. Esto tampoco significa perpetuar la equívoca distribución de las tareas en la vida: a mí –hombre– el sacerdocio, la política, la guerra; a ti –mujer– la casa, el telar, la asistencia. Quizás se deba llegar a una mayor compenetración; en un punto límite, se puede llegar a que los dos hagan las mismas cosas, pero que las hagan de forma distinta, cada uno con su talento específico: con la fuerza o con la gracia.

¡El talento de ser mujer! ¿Quién podrá investigarlo a fondo? Se habla tanto del “homo absconditus” (E. Bloch), del hombre que debe todavía revelarse totalmente; ¿y qué decir de la mujer? Aquel talento se identifica con el maravilloso pensamiento que Dios cultivó al crearla: a ella, Eva, la madre de todos los vivientes. Para descubrir dicho pensamiento, ayuda escuchar tantas voces sanas de hombre –a partir de las de la Biblia– que se expresaron en arte, literatura, y trataron de penetrar, sin jamás lograrlo plenamente, en el misterio del “eterno femenino”. Pero mucho más útil resulta bajar de la literatura a la vida. También hoy el mundo alberga tantas de aquellas “mujeres perfectas” admiradas por la lectura bíblica. La comunidad cristiana fue y es todavía particularmente rica en ellas, comenzando por María, la “llena de gracia”, que fue la mujer perfecta por excelencia. Son mujeres que saben darse, que saben sufrir para parir la alegría, como paren la vida. Mujeres que “extienden las manos hacia el miserable”, que no tienen miedo de perder la lozanía y de ofender al más querido que tienen –su belleza–, si esto sirve para aliviar sufrimientos y dar un poco de sosiego. Mujeres que, aun cuando no hayan estado casadas con un hombre y no hayan tenido descendencia físicamente, saben ser madres al custodiar y proteger la vida.

Era un homenaje que deseábamos hacer hoy a las mujeres de nuestra comunidad. De allí surgió también un llamado dirigido a ellas: un llamado para que vuelvan a descubrir su vocación más verdadera, para que hagan fructificar su talento. Cristo se nos apareció como su gran amigo: un amigo libre que las convoca a la libertad. Por eso, ahora que la palabra de Dios se hace plegaria, le encomendamos a él a todas las mujeres del mundo, especialmente a aquellas más marginadas y más afligidas por su condición de mujer. Encomendémoslas también a María, a ella que bajo la cruz recibió del Hijo moribundo, casi en custodia, este nombre humildísimo e inefable: Mujer (Jn 19, 26).

Antes de ser Inmaculada, Virgen, Madre de Dios, fue como ellas –y lo es todavía– solamente esto: mujer.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la Parroquia de Santa María de la Salud, en Roma (15-XI-1981)

– Los “talentos personales”

“Dichoso el que siga los caminos del Señor” (Sal 127,1). “Dichoso el hombre que teme al Señor” (Sal 127,4). En la liturgia de este XXXIII domingo “per annum”, que nos prepara al Adviento ya cercano, la Iglesia nos llama a un vigilante y dinámico uso de los talentos que el Señor ha confiado a cada uno de nosotros, y a ser generosos en la correspondencia a las gracias y a los dones que Él nos destina. Por esto, no son dignos del Señor la comunidad o el individuo que por miedo de comprometerse, se cierran en sí mismos y se desentienden de las realidades de este mundo. Precisamente en el Evangelio tenemos la actitud típica del que no hace fructificar los dones recibidos: “Señor sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces; tuve miedo y fui a esconder tu talento bajo tierra” (Mt 25,24-25). ¿Se puede decir de él que es dichoso porque ha tenido miedo del Señor? ¡Ciertamente no! Lo dan a entender las mismas palabras de Cristo. Efectivamente, el Señor de la parábola reprueba el comportamiento de ese siervo. Es un siervo negligente y holgazán, que no ha utilizado en absoluto su dinero, no lo ha explotado, sino que sin más lo ha desperdiciado. Y he aquí lo que dice el Señor: “Quitadle el talento y dáselo al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobraré; pero al que no tiene se le quitará hasta lo que tiene” (Mt 25,28-29).

– Temor de Dios

Esta parábola de los talentos nos enseña a distinguir el verdadero temor de Dios del falso. El verdadero temor de Dios no es miedo, sino más bien don del Espíritu, por el cual se teme ofenderle, entristecerle y no hacer lo suficiente para hacer su voluntad; mientras que el falso temor de Dios se funda en la desconfianza en Él y sobre el mezquino cálculo humano. Tiene verdadero temor de Dios el que sigue los caminos del Señor (Sal 127,1), tal como se manifestó en el comportamiento del primero y del segundo siervo, alabados ambos por el Señor con las palabras: “Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante (Mt 25,21-23).

Pero, ¿cuál es el significado de estos talentos evangélicos? Como es sabido, tiene un sentido analógico y, por esto, pueden prestarse a varias explicaciones. La parábola responde ante todo a las instancias del Reino: se engañan los que creen cumplir su obligación con relación a Dios, dándole lo que juzgan lo “suyo”, como dice el siervo holgazán aquí tienes lo tuyo (Mt 25,25), es decir, sin pensar que se trata de una relación existencial en la que el hombre debe corresponder con la entrega total de sí mismo, sin soluciones de comodidad o de miedo. Efectivamente, la parábola, insertada como está en el contexto de la parusía, hace pensar en la plenitud del Reino, como premio de una vigilancia que es espera operante y valiente en vista de la cual no nos podemos contentar con conservar el tesoro, mucho menos cuando dejar infructuoso los dones de los diversos talentos es culpa que merece llanto y rechinar de dientes (Mt 25,30). Todo esto comporta para cada uno de los cristianos el compromiso de corresponder a la gracia divina en orden a la perseverancia final, y exige también la voluntad de construir un nuevo mundo.

En el pasaje del libro de los Proverbios y el Salmo responsorial, son muy instructivos. En ellos se describe a la mujer ideal, en el seno de la familia, y se exalta sus méritos y la alegría con que ella sabe colmar su hogar. Sus cualidades principales son: la laboriosidad, el interés por los pobres, la prudencia, la bondad y la donación total al marido y a los hijos. De este modo ella, empleando sabiamente su talento, realiza con plenitud su vocación de mujer en el ámbito de su familia y en el más amplio de la Iglesia y de la sociedad. En cualquier parte, gracias a la mujer que hace fructificar su talento de fe y de caridad operante, la familia, de la que ella es sabia custodia e inspiradora, y “en las distintas generaciones coinciden y se ayudan mutuamente a lograr una mayor sabiduría y armonizar los derechos de las personas con las demás exigencias de la vida social, constituye el fundamento de la sociedad” (*Gaudium et Spes*, 52).

– Comprometerse con Dios

Por esto, de la liturgia de hoy nace una doble llamada a permanecer en Cristo, como hemos escuchado en el canto del aleluya: “Sé fiel hasta la muerte, dice el Señor, y te daré la corona de la vida eterna”, y a vigilar según las palabras de San Pablo a los Tesalonicenses. También aquí retorna el tema general del empleo generoso de los talentos, dados por Dios. El cristiano no es aquél que pierde el tiempo discutiendo sobre el día y la hora de la venida del Señor, sino más bien aquél que, instruido por la palabra de Jesús, vive en comunión con Él, vigilando constantemente. Esta espera, para ser auténtica, debe ser operante. Pablo insiste a los Tesalonicenses para que sean activos en el bien: el bien concreto, el de cada día. Se salvarán los que son vigilantes y sobrios, no los que duermen. Una certeza guía la vida del cristiano y determina su conducta: ¡el Señor vendrá! y no hay que considerar su venida solamente en términos escatológicos, es decir, la que tendrá lugar al fin del mundo, sino también la que se realiza en nuestro tiempo y en nuestras vicisitudes cotidianas. De aquí nace también nuestra responsabilidad ante el mundo por su paz y su seguridad (cfr. 1 Ts 5,3); pero no por “esa paz que reina entre los hombres, infiel, inestable, mudable e incierta..., sino por la paz que proviene de Jerusalén”, como explica San Agustín (*Enarr. in Ps.*, 127,16), esto es, por la paz que garantiza el Señor. Continúa el santo obispo de Hipona: “Ésta es la paz que os predicamos, la que nosotros mismos amamos y deseamos que améis. Es una paz que conseguirán los que en la tierra han sido pacíficos. Para estar allí en la paz, es necesario ser pacíficos aquí. Estos pacíficos se sientan alrededor de la mesa del Señor” (ib., 16).

Que las palabras del Señor: “Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor..., pasa al banquete de tu Señor” (Mt 25,21 y 23), se cumplan y se realicen también en cada uno de vosotros.

Confío estos deseos a María Santísima de la Salud. Ella os ayudará a descubrir y a poner en juego todos vuestros talentos.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La enseñanza de la Liturgia de hoy es muy clara. Los empleados somos nosotros; los talentos son las condiciones con que Dios nos ha dotado al crearnos: inteligencia, capacidad de amar, salud, bienes temporales...; el tiempo que dura el viaje del señor hasta su regreso es nuestra vida terrena; el banquete es el Cielo. En su infinita condescendencia el Señor nos ha confiado unos bienes con los que debemos negociar.

“Tenemos una gran tarea por delante. No cabe la actitud de permanecer pasivos, porque el Señor nos declaró expresamente: *negociad mientras vengo* (Lc 19, 13). Mientras esperamos el retorno del Señor, que volverá a tomar posesión plena de su Reino, no podemos estar cruzados de brazos. La extensión del Reino de Dios no es sólo tarea oficial de los miembros de la Iglesia que

representan a Cristo, porque han recibido de Él los poderes sagrados. *Vos autem estis corpus Christi* (1 Cor 12,27), vosotros también sois cuerpo de Cristo, nos señala el Apóstol, con el mandato concreto de negociar hasta el fin". (San Josemaría Escrivá).

Pero mientras unos trabajan alegre y generosamente en la tarea encomendada, otros se inhiben esgrimiendo razones que el Señor desaprueba. ¿Por qué es castigado el empleado negligente si no malgastó viciosamente el dinero y devolvió íntegro el talento recibido? Justamente por eso, porque se limitó a conservarlo. No lo perdió, pero no lo hizo fructificar. Fue condenado por un pecado de omisión. El siervo perezoso es la viva imagen del cristiano que cuando es urgido a una vida de piedad más intensa; a comprometerse en la empresa de la evangelización; a aliviar el peso de la pobreza y del sufrimiento de quienes le rodean, se evade y tranquiliza su conciencia diciéndose: yo no soy malo, no extorsiono a nadie, no hago daño. Aparte de que un examen de conciencia más atento pondría de manifiesto pequeñas o grandes mentiras, críticas y murmuraciones, envidias, rencores, malos tratos, etc., esas personas no reparan en que existen también omisiones graves, cosas que deberían haberse hecho o dicho y que no se hicieron o dijeron, que es, justamente, lo que el Señor condena en esta parábola. No se hace, tal vez, nada malo, pero tampoco hay un empeño sostenido en favor de la familia, de la vida, la educación, la cultura, la justicia social..., tan necesitadas de apoyo siempre.

Descendamos al plano personal, ¿yo, en mi hogar, en el lugar de trabajo, en mis relaciones sociales, en mi parroquia, hago fructificar los talentos de inteligencia, salud, simpatía, imaginación, de posibilidades económicas, de gestión e influencia, etc., que Dios me ha concedido, o entiero todo eso en el agujero de la desidia? ¿Procuró influir a través de mis contactos profesionales y de todo signo en esos organismos desde los que se puede promover con más extensión y hondura los valores cristianos de la familia, la educación, la defensa de la vida, el derecho, y tantas cuestiones más que precisan ayuda? ¡Hay tanto por hacer! ¡Hay tanta necesidad a nuestro alrededor, que enterrar nuestros talentos, inhibirse de los problemas, es una impostura y algo que desagrada profundamente a Dios!

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Volverá el Señor y retribuirá a cada uno «según sus obras»“

I. LA PALABRA DE DIOS

Pr 31,10-13.19s.30s.: «Trabaja con la destreza de sus manos»

Sal 127,1s.3.4s.: «Dichoso el que teme al Señor»

1Ts 5,1-6: «El día del Señor llegará como un ladrón en la noche»

Mt 25,14-30: «Como has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor»

II. APUNTE BÍBLICO-LITÚRGICO

La segunda parábola sobre el retorno del Señor destaca el presente como garantía del futuro, de la eternidad. El presente es productivo, como el dinero colocado a interés, porque en el retorno del Señor, se dobla el capital para la eternidad. O se recibe la sentencia de condenación, si no se ha colocado el capital, grande o pequeño, que es la vida de cada uno.

La segunda Lectura destaca la imprevisión del retorno de Cristo para unos, para los «asegurados» en este mundo de «tinieblas», donde no se ve. Y el deseo cumplido de la venida del Señor para otros, para «los hijos de la luz», que viven despiertos, vigilantes.

Si bien es cierto que la vida es ir recibiendo dones del Reino de Dios, hoy se nos dice que al final el don es Dios.

III. SITUACIÓN HUMANA

Al hilo de la segunda Lectura, toda persona sensata no puede menos de experimentar que las seguridades de este mundo se quiebran. Por eso, la llamada de atención para el fin de esta vida, que es comienzo de la otra, no puede desatenderse. Lo único sensato es vivir vigilante, continuar quizá buscando, mejor deseando el futuro.

Grande es la confianza de Dios en el hombre, a pesar de todo, porque le sigue otorgando talentos para transformar y mejorar todo.

IV. LA FE DE LA IGLESIA

La fe

– «... El Hijo no ha venido para juzgar sino para salvar... y para dar la vida que hay en él... Es por el rechazo de la gracia en esta vida por lo que cada uno se juzga ya a sí mismo... es retribuido según sus obras... y puede incluso condenarse eternamente al rechazar el Espíritu de amor...» (679).

La respuesta

– Preparemos el juicio eligiendo ahora el camino de Cristo: “El camino de Cristo «lleva a la vida», un camino contrario «lleva a la perdición»... La parábola evangélica de los dos caminos está siempre presente en la catequesis de la Iglesia. Significa la importancia de las decisiones morales para nuestra salvación. «Hay dos caminos, el uno de la vida, el otro de la muerte; pero entre los dos, una gran diferencia» (Didajé, 1, 1)” (1696).

– Adelantemos el juicio definitivo en el tribunal de misericordia de la Iglesia: En el sacramento de la Penitencia, “el pecador, confiándose al juicio misericordioso de Dios, anticipa... el juicio al que será sometido al fin de esta vida terrena. Porque es ahora, en esta vida, cuando nos es ofrecida la elección entre la vida y la muerte, y sólo por el camino de la conversión podemos entrar en el Reino del que el pecado grave nos aparta... Convirtiéndose a Cristo por la penitencia y la fe, el pecador pasa de la muerte a la vida «y no incurre en juicio»...” (1470).

El testimonio cristiano

– “Todos estos frutos buenos de nuestra naturaleza y de nuestra inteligencia, tras haberlos propagado por la tierra en el Espíritu del Señor y según su mandato, los encontramos después de nuevo, limpios de toda mancha, iluminados y transfigurados cuando Cristo entregue al Padre el reino eterno y universal. Dios será entonces «todo en todos» (GS 39)” (1050).

– “Quiso Dios «dejar al hombre en manos de su propia decisión» (Si 15,14), de modo que busque a su Creador sin coacciones y, adhiriéndose a Él, llegue libremente a la plena y feliz perfección (GS 17)” (1730). El juicio de Dios se prepara (se instruye) en este mundo. El juicio de Dios se adelanta en el juicio de misericordia del sacramento de la Penitencia.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

Rendir para Dios.

– Administradores de los dones recibidos.

I. La liturgia de la Iglesia continúa en estas semanas finales del año litúrgico alentándonos para que consideremos las verdades eternas. Verdades que deben ser de gran provecho para nuestra alma. Leemos en la *Segunda lectura* de la Misa³ que el encuentro con el Señor *llegará como un ladrón en la noche*, inesperadamente. La muerte, aunque estemos preparados, será siempre una sorpresa.

La vida en la tierra, como nos enseña el Señor en el Evangelio⁴, es un tiempo para administrar la herencia del Señor, y así ganar el Cielo. *Un hombre que se iba al extranjero llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata; a otro, dos: a otro, uno; a cada cual según su capacidad. Luego se marchó. Él conocía bien a sus siervos, y por eso no dejó a todos la misma parte de la herencia. Hubiera sido injusto echar sobre todos el mismo peso. Distribuyó su hacienda según la capacidad de cada uno. Con todo, aun al que recibió un solo talento le fue confiado mucho. Pasado algún tiempo, el señor regresó de su viaje y pidió rendición de cuentas a sus servidores. Los que habían tenido la oportunidad de comerciar con cinco y con dos talentos pudieron devolver el doble; aprovecharon el tiempo en negociar con los bienes de su señor, mientras éste llegaba. Luego, tuvieron la gran dicha de ver la alegría del amo de la hacienda, y se hicieron acreedores de una alabanza y de un premio insospechados: *Muy bien, siervo bueno y fiel – les dijo a cada uno–; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor.**

El significado de la parábola es claro. Los siervos somos nosotros; los talentos son las condiciones con que Dios ha dotado a cada uno (la inteligencia, la capacidad de amar, de hacer felices a los demás, los bienes temporales...); el tiempo que dura el viaje del amo es la vida; el regreso inesperado, la muerte; la rendición de cuentas, el juicio; entrar al banquete, el Cielo. No somos dueños, sino –como repite constantemente el Señor a lo largo del Evangelio– administradores de unos bienes de los que hemos de dar cuenta. Hoy podemos examinar en la presencia del Señor si realmente tenemos mentalidad de *administradores* y no de dueños absolutos, que pueden disponer a su antojo de lo que tiene y poseen.

Podemos preguntarnos hoy acerca del uso que hacemos del cuerpo y de los sentidos, del alma y de sus potencias. ¿Sirven realmente para dar gloria a Dios? Pensemos si hacemos el bien con los talentos recibidos: con los bienes materiales, con la capacidad de trabajo, con la amistad... El Señor quiere ver bien administrada su hacienda. Lo que Él espera es proporcional a lo que hemos recibido. *A quien mucho se le da mucho se le reclamará, y a quien mucho se le ha entregado, mucho se le pedirá*⁵. A quien poco, poco; pero siempre algo.

Ven, siervo bueno y fiel... porque has sido fiel en lo poco, dice el señor a quien había recibido cinco talentos. Lo “mucho” –cinco talentos– recibido aquí es considerado por Dios como lo “poco”. *Entrar en el gozo del Señor*, eso es lo mucho...: *ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente alguna es capaz de imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman*⁶. Vale la pena ser fieles aquí mientras

³ 1 Tes 5, 1-6

⁴ Mt 25, 14-30

⁵ Lc 12, 48

⁶ 1 Cor 2, 9

aguardamos la llegada del Señor, que no tardará, aprovechando este corto tiempo con responsabilidad. ¡Qué alegría cuando nos presentemos ante Él con las manos llenas! Mira, Señor –le diremos–, he procurado gastar la vida en tu hacienda. No he tenido otro fin que tu gloria.

– **La vida, un servicio gustoso a Dios.**

II. *El que había recibido un talento fue, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor.* Cuando éste le pidió cuentas, el siervo intenta excusarse y arremete contra quien le había dado todo lo que poseía: *Señor, le dice, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo tuyo.* Este último siervo “manifiesta cómo se comporta el hombre cuando no vive una fidelidad activa en relación a Dios. Prevalece el miedo, la estima de sí, la afirmación del egoísmo que trata de justificar la propia conducta con las pretensiones injustas del dueño, que siega donde no ha sembrado”⁷. *Siervo malo y perezoso*, le llama su señor al escuchar las excusas. Ha olvidado una verdad esencial: que “el hombre ha sido creado para conocer, amar y servir a Dios en esta vida, y después verle y gozarle en la otra”. Cuando se conoce a Dios resulta fácil amarle y servirle; “cuando se ama, servir no sólo no es costoso, ni humillante: es un placer. Una persona que ama jamás considera un rebajamiento o una indignidad servir al objeto de su amor; nunca se siente humillada por prestarle servicios. Ahora bien: el tercer siervo conocía a su señor; por lo menos tenía tantos motivos para conocerle como los otros dos servidores. Con todo, es evidente que no le amaba. Y cuando no se ama, servir cuesta mucho”⁸. No sólo no le aprecia, sino que se atreve a llamarle *hombre duro* que quiere cosechar donde ni siquiera sembró.

Este siervo no sirvió a su señor por falta de amor. Lo contrario de la pereza es precisamente la *diligencia*, que tiene su origen en el verbo latino *diligere*, que significa amar, elegir después de un estudio atento. El amor da alas para servir a la persona amada. La pereza, fruto del desamor, lleva a un desamor más grande. El Señor condena en esta parábola a quienes no desarrollan los dones que Él les dio y a quienes los emplean en su propio servicio, en vez de servir a Dios y a sus hermanos los hombres. Examinemos hoy nosotros cómo aprovechamos el tiempo, que es parte muy importante de la herencia recibida; si cuidamos la puntualidad y el orden en nuestro quehacer, si procuramos excedernos en el trabajo, llenando bien las horas; si dedicamos la atención debida a nuestros deberes familiares; si ponemos en práctica la capacidad de amistad y aprecio por los demás, para hacer un apostolado fecundo; si procuramos extender el Reino de Cristo en las almas y en la sociedad con los talentos recibidos.

– **Aprovechar bien el tiempo.**

III. Nuestra vida es breve. Por eso hemos de aprovecharla hasta el último instante, para ganar en el amor, en el servicio a Dios. Con frecuencia la Sagrada Escritura nos advierte de la brevedad de nuestra existencia aquí en la tierra. Se la compara con el humo⁹, con una sombra¹⁰, con el paso de las nubes¹¹, con la nada¹². ¡Qué pena perder el tiempo o malgastarlo como si no tuviera valor! **¡Qué pena vivir, practicando como ocupación la de matar el tiempo, que es un tesoro de Dios! (...). ¡Qué**

⁷ SAN JUAN PABLO II, *Homilía* 18-XI-1984

⁸ F. SUAREZ, *Después*, p. 144

⁹ Cfr. *Sab* 2, 2

¹⁰ Cfr. *Sal* 143, 4

¹¹ Cfr. *Job* 14, 2; 37, 2; *Sant* 1, 10

¹² Cfr. *Sal* 38, 6

tristeza no sacar partido, auténtico rendimiento de todas las facultades, pocas o muchas, que Dios concede al hombre para que se dedique a servir a las almas y a la sociedad!

Cuando el cristiano mata su tiempo en la tierra, se coloca en peligro de matar su Cielo: cuando por egoísmo se retrae, se esconde, se despreocupa¹³.

Aprovechar el tiempo es llevar a cabo lo que Dios quiere que hagamos en ese momento. A veces, aprovechar una tarde será “perderla” a los pies de la cama de un enfermo o dedicando un rato a un amigo a preparar el examen del día siguiente. La habremos perdido para nuestros planes, muchas veces para nuestro egoísmo, pero la hemos ganado para esas personas necesitadas de ayuda o de consuelo y para la eternidad. Aprovechar el tiempo es vivir con plenitud el momento actual, poniendo la cabeza y el corazón en lo que hacemos, aunque humanamente parezca que tiene poca entidad, sin preocuparnos excesivamente por el pasado, sin inquietarnos demasiado por el futuro. El Señor quiere que vivamos y santifiquemos el momento presente, cumpliendo con responsabilidad ese deber que corresponde al instante que vivimos, librándonos de preocupaciones inútiles futuras, que quizá nunca llegarán, y si llegan... ya nos dará nuestro Padre Dios la gracia sobrenatural para superarlas y la gracia humana para llevarlas con garbo. Él mismo nos dijo: *No os agobiéis por el mañana, porque el mañana traerá su propio peso. A cada día le basta su afán*¹⁴. Vivir con plenitud el presente nos hace más eficaces y nos libra de muchas ansiedades inútiles. Cuenta Santa Teresa que al llegar a Salamanca, acompañada de otra monja llamada María del Sacramento, para fundar allí un nuevo convento, se encontró con una casa destartada, de la que habían sido desalojados unos estudiantes algunas horas antes. Las viajeras entraron en la casa ya de noche, exhaustas y ateridas de frío. Las campanas de la ciudad doblaban a muerto, pues era la víspera del Día de los difuntos. En la oscuridad, sólo rota por un candil oscilante, las paredes se llenaban de sombras inquietantes. Con todo, se acostaron pronto, sobre unos haces de paja que habían llevado consigo. Una vez echadas en aquellas camas improvisadas, María del Sacramento, llena de grandes temores, dijo a la Santa: “– Madre, estoy pensando si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríais vos sola?”.

“Aquello, si viniera a suceder, me parecía recia cosa”, comentaba años más tarde la Santa; “hízome pensar un poco en ello y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola.

“Y como el doblar de las campanas ayudaba, que, como he dicho, era noche de ánimas, buen principio llevaba el demonio para hacernos perder el pensamiento con niñerías.

“–Hermana –le dije–, de eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora déjeme dormir”¹⁵.

En muchas ocasiones, cuando lleguen preocupaciones sobre hechos futuros que roban la paz y el tiempo, y sobre los que nada podemos hacer en el momento actual, nos vendrá muy bien decir, como la Santa, “de eso sea –cuando ocurra–, pensaré lo que he de hacer”. Entonces contaremos con la gracia de Dios para santificar lo que Él dispone o permite.

Cuando una vida ha llegado a su fin, no podemos pensar sólo en una vela que ya se ha consumido, sino también en un tapiz que se ha terminado de tejer. Tapiz que nosotros vemos por el revés, donde sólo se pueden observar una figura desdibujada y unos hilos sueltos. Nuestro Padre Dios lo contemplará por el lado bueno, y sonreirá y se gozará al ver una obra acabada, resultado de haber aprovechado bien el tiempo cada día, hora a hora, minuto a minuto.

¹³ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 46

¹⁴ *Mt* 6, 34

¹⁵ M. AUCLAIR, *La vida de Santa Teresa de Jesús*, pp. 238-239.

Rev. D. Pere OLIVA i March (Barcelona, España) (www.evangelii.net)

«A todo el que tiene, se le dará y le sobrar »

Hoy, Jesús nos narra otra parábola del juicio. Nos acercamos a la fiesta del Adviento y, por tanto, el final del año litúrgico est  cerca.

Dios, dándonos la vida, nos ha entregado también unas posibilidades –más pequeñas o más grandes– de desarrollo personal,  tico y religioso. No importa si uno tiene mucho o poco, lo importante es que se ha de hacer rendir lo que hemos recibido. El hombre de nuestra parábola, que esconde su talento por miedo al amo, no ha sabido arriesgarse: «El que había recibido uno se fue, cavó un hoyo en tierra y escondió el dinero de su señor» (Mt 25,18). Quizá el núcleo de la parábola pueda ser éste: hemos de tener la concepción de un Dios que nos empuja a salir de nosotros mismos, que nos anima a vivir la libertad por el Reino de Dios.

La palabra “talento” de esta parábola –que no es nada más que un peso que denota la cantidad de 30 Kg de plata– ha hecho tanta fortuna, que incluso ya se la emplea en el lenguaje popular para designar las cualidades de una persona. Pero la parábola no excluye que los talentos que Dios nos ha dado no sean sólo nuestras posibilidades, sino también nuestras limitaciones. Lo que somos y lo que tenemos, eso es el material con el que Dios quiere hacer de nosotros una nueva realidad.

La frase «a todo el que tiene, se le dar  y le sobrar ; pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará» (Mt 25,29), no es, naturalmente, una máxima para animar al consumo, sino que sólo se puede entender a nivel de amor y de generosidad. Efectivamente, si correspondemos a los dones de Dios confiando en su ayuda, entonces experimentaremos que es él quien da el incremento: «Las historias de tantas personas sencillas, bondadosas, a las que la fe ha hecho buenas, demuestran que la fe produce efectos muy positivos (...). Y, al revés: también hemos de constatar que la sociedad, con la evaporación de la fe, se ha vuelto más dura...» (Benedicto XVI).
